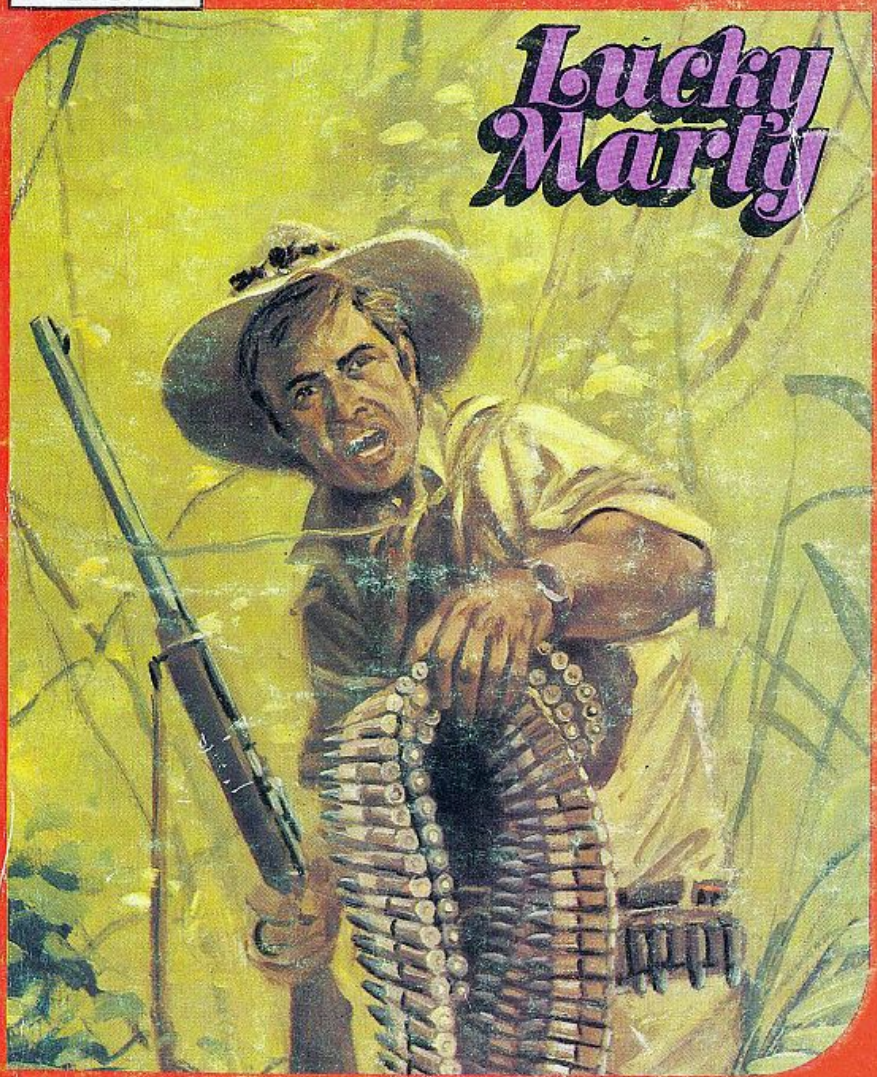
tam tam

NOVELAS ECSA

Infierno verde



INFIERNO VERDE

TAM Nº 7

Autor: Marty Lucky
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EN la trastienda de la armería de su padre, manos y deseos desatados, Robert Lynn acariciaba y besaba a la linda rubia, que en vano intentaba frenar el acoso masculino. Apoyándola contra una de las estanterías, el ardoroso joven intentaba incrustarse en el cuerpo femenino, pero sin conseguir del todo levantar aquella falda que se oponía a sus deseos, como si fuese la muralla china.

El excitado Robert Lynn sudaba y jadeaba, esforzándose por convencer a la mujer:

—No seas tontita, Lori… ¡Pronto serás mi mujer!

—Te digo que no, Robert. ¡Aún no estamos casados!

—¿Y eso qué, cariño? En nuestros tiempos, las relaciones prematrimoniales son corrientes y…

—¡Quieto! Sabes que no soy una chica moderna. ¡Ay! Y no me pellizques ahí, por favor.

—Yo te diré lo que tú eres, Lori.

Separando el rostro, huyendo sus labios de aquellos besos ardorosos, Lori Benson procuró mantener la verticalidad al indagar, algo recelosa:

—¿Qué es lo que soy para ti, Robert?

—¡Una delicia! ¡Una preciosidad! —volvió a la carga el excitado joven—. ¡La mujer más hermosa y apetecible del mundo!

—Exagerado… ¡Eres un zalamero!

—De veras, Lori… ¡Te necesito desesperadamente!

—Lo que tú necesitas es una buena ducha… ¡Y bien fría!

—No te burles de mí, por favor. ¿No ves cómo estoy?

—Apártate de mí y te tranquilizarás.

—¡No puedo! —volvió a implorar él—, ¡Me atraes como un

poderoso imán!

—Eres un fresco, Robert… Y aquí, en la trastienda de tu padre. ¡Puede entrar en cualquier momento!

—No temas amor mío… Tu futuro suegro está entretenido despachando a sus clientes.

—¿Quieres dejar de manosearme?

—¡No!

—¿Por qué no, Robert? —indagó ella, algo más seria.

—Porque la vida me ha enseñado una cosa.

—¿Y es? —quiso saber, más desconcertada.

—Que un no, en labios de una mujer, nunca es una negación completa.

—¡Mira que listo!

—También sé que a vosotras, rehuséis o aceptéis, os gusta ser solicitadas.

—¿Y por eso insistes?

—Insisto porque te quiero, Lori… ¡Porque ya ves cómo te necesito!

—Yo no veo nada —rechazó nuevamente ella.

—Porque no quieres mirar… Pero al menos lo notarás.

—Tampoco noto nada —siguió negando ella—. ¡Y no seas cochino al hablar!

—¡Caray, Lori! Hoy estás de un puritanismo inaguantable.

—Y tú estás hecho un pesado.

—Al menos, deja que te bese y te abrace, mi amor.

—Te he dicho que aquí, no Robert.

Pero como Robert Lynn siguió con el forcejeo con aquellas faldas y con sus ardorosas caricias, ya medio rendida ante la fogosidad masculina, quedamente ella propuso al ver libres sus tentadores labios:

—Si… si quieres daremos un paseo en tu coche, mi amor… ¡Oh!

Por otras veces el hombre enamorado sabía lo que aquello podía significar, por lo que cesó algo en su acoso y consintió:

—De acuerdo, nena: le diremos a mi padre que nos vamos a merendar.

—¡Eso no, bobito! El me invitó para hacerlo con vosotros aquí.

—Dile que tienes prisa: que otra tarde será.

—Está bien. ¡Aparta ya! Tengo que poner en orden mis cabellos.

Mirándola realmente con apasionamiento, Robert Lynn dijo a su prometida: —Tus cabellos están más sugestivos así, Lori…

¡Enmarañados!

—¡Tontín!

—¡Ricura!

Nuevamente se abalanzó sobre ella para volverla a abrazar, cuando en aquel momento tronó una voz que venía desde el mostrador. No era el tono reposado y apacible de su padre, por lo que Robert Lynn pensó que el dueño de la armería tendría que soportar a alguno de sus clientes.

De cualquier manera, lo que le hizo prestar atención y dejar de abrazar a la rubia muchacha, fue lo que dijo en pésimo inglés la voz amenazante de aquel hombre:

—Y escucha bien, viejo zoquete… Cuando von Hossen da una cita, es para que acudas. ¿Lo has entendido?

—No quiero tratos con ese hombre —escuchó Robert Lynn que rechazaba su padre.

Hasta Lori se olvidó de los besos y las caricias del joven, al indagar quedamente:

—¿Qué le pasa a tu padre, Robert?

—No sé… Voy a ver: espera aquí, cariño.

Robert Lynn movió sus ochenta kilos de peso, su metro noventa de estatura y caminó desde la trastienda hacia el mostrador de la armería. Sus poderosos músculos quedaron en tensión al ver que un individuo de raza negra, tan alto y fuerte como él, pero mucho más macizo y hercúleo, estaba sujetando a su padre por la ropa de la pechera, mientras su otro formidable puño, cerrado, se acercaba al rostro del dueño de la tienda amenazador.

—¡Suéltele! —sólo acertó a pedir.

El hombre de color ni se inmutó, recomendando a su vez secamente.

—No te metas en esto, jovencito.

—¡Le he dicho que suelte a mi padre!

Tampoco fue obedecido, y como Robert Lynn no era hombre de mucho aguante y no estaba dispuesto a repetirse otra vez, con aire resuelto siguió avanzando.

Pero no pudo evitar que el negrazo aplastase su puño derecho contra el rostro de su padre, para luego soltarle y dejarle caer, mientras daba media vuelta y camino de la salida a la calle dijese:

—Es el primer aviso. ¡Díselo cuando despierte, gorrión!

Ante aquella brutal agresión, el «gorrión» pasó a convertirse en

águila vengadora y corrió con celeridad para aferrarse con sus garras a las espaldas del individuo. Robert Lynn consiguió darle media vuelta y, a su vez, su puño derecho salió disparado contra la chata nariz del negrazo.

No pudo averiguar si se las había aplastado más, pero sí que aquel hércules de color encajó el terrible puñetazo sin inmutarse. Su brazo derecho volvió a moverse, y por segunda vez castigó con contundencia.

Los ochenta kilos de peso de Robert Lynn rodaron por el suelo.

Es más: su cabeza habría chocado contra el mostrador, de no ser frenado su cuerpo por el de su padre, que seguía tendido sobre el suelo sin recuperar el sentido.

Lo que más rabia y coraje le dio a Robert Lynn fue que la alarmada Lori viese cómo le golpeaban. La muchachita rubia también había corrido desde la trastienda, y estaba allí con las manos sobre sus mejillas y la boquita muy abierta soltando un:

—¡Oh, Dios mío!

Robert Lynn se incorporó con la celeridad de un gato, para lanzarse nuevamente contra el agresor.

Por tercera vez, el gigante negro utilizó, y con suma habilidad, sus tremendos puños. Le bastó conectar con gran precisión un fulminante uno-dos, para que el impetuoso Robert Lynn rodase nuevamente por el suelo.

Y esta vez quedó también sin sentido.

Cuando el hombre de color se fijó en la muchachita rubia, con suma calma se interesó:

—¿Quién es, rubita?

—El… el hijo del señor Lynn…

—Bien: pues cuando despierte le dice que, la tercera vez, no utilizaré mis puños.

Luego dio media vuelta y salió tranquilamente de la armería.

CAPÍTULO II

ROBERT LYNN escupió una de sus muelas y, fuera de sí, le gritó a la solícita muchacha:

—¿Quieres dejarme en paz, Lori? ¡No necesito esa bolsa de hielo!

—Si te la pones en la cabeza te despejará y…

—¡Ya estoy despejado!

—Pero ese bruto te pegó muy fuerte y…

—¡Me pilló a traición!

Lori Benson consideró oportuno no comentar cómo aquel negrazo había dejado K.O. limpiamente a su novio. Robert era muy quisquilloso para estas cosas y no quería que sufriese más en su masculinidad herida. Pero no fue capaz de resistir a su curiosidad y quiso saber:

—¿Por qué le pegó a tu padre y luego a ti?

De soslayo, Robert Lynn miró a su silencioso padre, que se estaba aplicando una compresa fría en su dolorida nariz, una vez que hubo bajado el cierre de su tienda. Y trasladó la pregunta al autor de sus días al indicar:

—Eso que lo diga él, Lori: sé tanto cómo tú.

Robert Lynn padre siguió con su silencio y nada comentó. Sólo miró a su hijo cuando el joven insistió:

—¿No vas a decir nada?

Sentándose, con la voz amortiguada por la compresa que seguía sujetando contra su nariz, Robert Lynn padre quiso no darle importancia al incidente y tan sólo comentó:

—No os preocupéis. No fue nada.

—¿Nada? —repitió su hijo como un eco y visiblemente malhumorado—, ¡Pues a mí ese animal me partió una muela!

—¡Bah! Te la empastas y en paz, hijo.

—Yo te seguiré queriendo igual — se apresuró a declarar la muchachita.

Robert Lynn hijo la fulminó con toda la cólera contenida de sus ojos grises e ironizó:

—Gracias, Lori… ¡Eres muy fiel!

—Una muela no se nota, cariño. Y como dice tu padre, si vas al dentista y te la…

—¿Quieres callar? Lo que yo quiero es ir en busca de esa mala bestia y…

—¡Oh, no, mi vida! —le interrumpió ella—. ¿Y si vuelve a pegarte?

Aquello era más que suficiente. Robert Lynn hijo se levantó, olvidó el dolor de su encía y al quedar frente a su padre insistió:

—¿Quién es ese tipo? ¡Tú debes conocerle!

—Te… te aseguro que no, hijo.

—¿Por qué te pegó?

—No… ¡No lo sé!

—¡Estás mintiendo, padre!

—¡Ya está bien, hijo! No se hable más del asunto.

—¡Quiero hablar! Necesito saber quién es ese tipo… ¡Y si estás metido en algún lío, padre!

—¿Yo? ¿Cómo te atreves? ¿Desde cuándo me meto yo en líos?

—No sé… Puede que pretendiera que le vendas armas sin licencia y… ¿Me lo vas a decir? El viejo Robert Lynn conocía muy bien a su hijo. Sabía que era tan obstinado como él y que no dejaría de acosarle, hasta que no le diese una clara explicación sobre aquello. Así es que el ex cazador suspiró hondo, una vez más le tocó la dolorida nariz y quedamente musitó:

—Se llama Kigu… Obon Kigu.

—¡Sigue!

—Le conocí en Kenia… ¡Ya sabes! Cuando los ingleses estábamos allí y se organizaban safaris. Yo entonces era un buen cazador y…

—De los mejores, padre… ¡El más famoso!

—Por eso ese Obon Kigu me contrató un día…

El ex cazador se interrumpió, antes de añadir:

—Bueno: Obon Kigu me contrató en nombre de otro… Un alemán muy rico, del que era criado.

—Adelante, padre.

—Por aquellas fechas aún se podía cazar libremente. Tú aún eras un niño y no sé si recuerdas que tiempo después fue cuando se crearon los parques nacionales. Se cometían muchas barbaridades con los animales de la selva y todas las naciones africanas, tanto Kenia como Uganda, el Congo belga como Ruanda y otros muchos países, quisieron poner coto a tanto abuso.

—No te apartes, padre. ¿Para qué te contrató ese negro, o el rico alemán que dices?

—¿Para qué iba a ser, hijo? Para un safari. ¡Yo era cazador profesional! Tú mismo naciste en Kenia: concretamente cerca de las orillas del Lago Victoria.

—Eso ya lo sé. ¡Ves al grano!

—Bueno… Obon Kigu y su rico amo alemán quedaron satisfechos y volvieron a contratarme otras muchas veces. ¡Casi cada año!

—Pues no recuerdo haber visto nunca a ese tipo.

—Te he dicho que tú eras muy pequeño. Tu madre y yo te mandábamos a la escuela inglesa, con el padre Creyson. ¿Le recuerdas?

—Sí: el misionero sí le recuerdo, padre. Había nacido aquí, en Londres.

—Tú eras su preferido. El reverendo siempre le decía a tu madre que mi hijo…

—Al grano —volvió a repetir el joven.

—¿Qué más puedo decirte? Te repito que Obon Kigu y su amo se hizo mi cliente y, como pagaban bien… ¡Una vez hasta les llevé a cazar a Uganda!

—¿Tenías permiso, padre?

—¡Sí, claro! Uganda entonces también era una colonia inglesa. Todos nosotros, los cazadores que tenían su licencia…

—¿Quieres decirme de una vez, qué tiene que ver que ese negro contratase tus servicios muchas veces en años atrás, para que ahora esté en Londres y te amenace? ¿A qué cita tienes que acudir?

—¿Cita? —le tocó repetir el turno al viejo Lynn.

—Sí, padre… Oí perfectamente cómo ese animal te aferraba por la camisa y te gritaba algo así: «Y escucha bien, viejo zoquete… Cuando von Hossen da una cita, es para que acudas»… ¿No te dijo eso?

El viejo ex cazador, al oír repetidas aquellas palabras hasta olvidó la compresa que sujetaba contra su dolorida nariz, para levantarse y ponerse a exclamar muy nervioso:

—No… ¡No acudiré a esa cita! ¡No quiero saber nada más de von

Hossen!

—¿Quién es von Hossen?

—¡El alemán!

—Bien: me sonaba a eso por lo de «von»… ¿Pero quién diablos es, padre?

—¡Un canalla! Un hombre muy rico, pero que siempre…

—Siempre qué, padre.

—¡Siempre anduvo metido en asuntos sucios!

—¿Cómo qué, padre?

—Política… Cambios de gobiernos en África… Cuando alguna de esas naciones africanas ha andado buscando o luchando por su independencia para dejar de ser una colonia europea, la mano negra de von Hossen siempre se ha dejado notar.

—¿Pero no dices que es alemán?

—¡Y lo es! Pero lo de la mano negra lo dije por otras cosas.

—¿Cómo qué…? —volvió a insistir el joven, revistiéndose de paciencia.

—Pues en asuntos turbios… Venta de armas, colocación de sus peones en los puestos claves, revueltas de tribus, contrabando, organización de grupos mercenarios… ¡Todo lo que le haga ganar dinero!

—De acuerdo, padre: uno de los muchos «negociantes» europeos, que meten sus manazas en los asuntos africanos.

—¡Eso, hijo! ¡Eso es lo que es ese maldito von Hossen!

Al joven Robert Lynn le costó mucho hacer la siguiente pregunta, pero fiel a él mismo y su forma de ser lo hizo directo al insinuar:

—¿Tuviste tú algo que ver en alguno de sus «negocios», padre?

Vivamente ofendido, el ex veterano cazador miró fieramente a su hijo al objetar:

—¿Yo…? ¡Jamás le secundé en sus planes! Simplemente me contrataba como cazador en sus safaris.

—Pero calculo que esos safaris, von Hossen los organizaría con otras intenciones, además de la caza, ¿no fue así?

—Eso no lo sé, ni me interesa. Yo me limitaba a cumplir con mi obligación.

—Pero por las trazas, ahora resulta que vuelve a querer hablar contigo. ¡Por eso te envió a ese negrazo!

—¡No acudiré a su cita! Hace años me retiré, puse en Londres esta

armería… ¡Y no volveré a pisar África!

—A mí me gustaba, padre.

—¡Lo sé!… Llegaste a ser tan buen cazador como yo… Pero cuando murió tu madre, pensé que no íbamos a pasar la vida allí y…

Aquella vez el joven respetó su silencio, pero fue para preguntar inesperadamente:

—Dime, padre… ¿Dónde te dio esa cita von Hossen?

—¿Estás loco? ¿Es que piensas que acuda?

—Tú no, por supuesto. ¡Pero yo sí!

—¡Ni hablar! No te lo diré, hijo. ¿Para qué diablos quieres ir?

—Es la única manera de quedar a mano con ese negrazo. ¡Por mi muela le voy a hacer escupir dos!

Al oírle, Lori Benson salió de su mutismo, poniéndose a decir:

—¡Ah, no, señor Lynn! ¡No se lo diga! ¡Ese bruto nos dejará a nuestro Robert sin dientes!

—¡Narices! —volvió a reñir el joven—. ¡Te repito que me pilló desprevenido!

—Y yo te repito que no te lo diré —sentenció el padre.

Luego el dueño de la casa miró a la muchachita rubia al pedir, con el tono de voz más amable:

—Lori, hijita… ¿Me preparas algo de cena? Tengo ganas de ir a dormir, a ver si deja de gotear mi nariz.

—Ahora mismo, señor Lynn. ¿Tú quieres algo, cariño?

—No, Lori: te acompañaré a casa y cenaremos algo por ahí.

La joven rubia aprobó con enamorada sonrisa: lo que más le gustaba a Lori Benson era estar junto a aquel hombre.

Aunque, de momento, no le permitiese llegar más allá de algunos besos apasionados y atrevidas caricias…

CAPÍTULO III

EN el «Frankfurt» había poca gente cenando, y tras pagar las hamburguesas Robert Lynn solicitó del camarero:

—Deme la guía telefónica, por favor.

Lori nada dijo, apurando el café. Sólo tras encender el cigarrillo y al lanzar la primera bocanada de humo comentó, con desaliento:

—Debe haber cientos de Hossen en el listín.

El joven siguió con la búsqueda de lo que anhelaba encontrar, pero tuvo que rendirse y comentó:

—Te equivocas, rubita. ¡Ni un solo von Hossen en todo Londres!

—¡Me alegro!

—Yo no.

—¡Eres un cabezota!

—Soy un vengativo, al que le han arrancado una muela de un guantazo.

—Qué manía con la muela. ¡Ya te saldrá otra!

—Otra vez te equivocas, rubita: hace años que dejé de echar los dientes.

—No tantos, mi adorable «viejito»: sólo tienes veinticuatro.

—Y tú sólo veinte: así que a obedecer… ¡Y al coche!

—¡Está bien, mi sultán! Te prometo que medio me desnudaré, si tú prometes otra cosa.

—Eso huele a chantaje, Lori.

—¿Lo prometes?

—¿El qué?

—Que te olvidarás del negro que os pegó.

Robert Lynn miró al escote de su novia, sus ojos golosos intentaron

profundizar por aquel delicioso valle de carne joven, y apretada, excitante, y al levantarse la enlazó por la cintura camino de la calle al musitar:

—Ahora sólo pienso en ti, mi vida.

—No puedo llegar muy tarde a casa.

—Telefonea desde esa cabina: diles que vamos al cine.

—¡No es mala idea!

Conociéndola, el joven receló:

—¿Ir al cine… o telefonear a los tuyos?

—Las dos cosas.

—¡Oh, no, Lori! Me prometiste un largo paseo en coche.

—¡No! Que luego te excitas y pasa lo que pasa.

—¡Pero si contigo no hay forma de que pase nada!

—Eres un pulpo, Robert. ¡Todo manos!

—Soy un hombre enamorado.

—¡Más bien un pecador! ¡Y un tentador!

—Déjame que te tiente, preciosa —pareció suplicar el joven.

—¿En qué sentido de la palabra? En el de tocar, palpar… ¿o en el de instigar, inducir?

—En todos los sentidos, mi amor: en el de examinar, probar…

—Me probarás del todo, cuando sea tu esposa.

—¡Qué manía, con lo del matrimonio, chiquita! Pero aún con esperanzas, Robert Lynn invitó a la joven, ya al volante del «M.G» descubierto:

—Anda, salta dentro.

—¿Pero es que nunca abres las puertas de tu «cacharro»?

—Lo hago para que, al alzar las piernas… ¡Mirarte!

—¡Eres un obseso!

—¿Y eso con qué se come?

Lori Benson iba a contestar siguiendo con las bromas y las indirectas, cuando guardó silencio al ver y oír que un «Lancia» negro, así de grande, así de potente y así de lujoso, frenaba a la altura del pequeño «M.G» que ellos ocupaban.

El conductor sacó su rostro negro como la noche, recomendando al también sorprendido Robert Lynn:

—No dejes de avisar a tu papi que vaya a ver a von Hossen, gorrión.

Luego desapareció como había llegado. Pisando a fondo el acelerador y confundiéndose con el tráfico de Trafalgar Square.

Robert Lynn había quedado tan perplejo y confundido, que tuvo que oír que su pareja le indicaba:

—¿No buscabas a «tu negro»? Pues él ha debido seguirnos.

—¡Maldito sea! ¡Voy a ver si le cazo!

—¡Échale un galgo!

La persecución empezó.

Pero las calles de Londres no son muy propicias para acelerar mucho la marcha. El denso tráfico, los semáforos y la vigilancia no permiten muchas exhibiciones a los conductores. En pocas manzanas Robert Lynn perdió la visión del «Lancia» que conducía el hombre de color que, no hacía tres horas, le había hecho perder una de sus muelas.

Tuvo que frenar, casi perdiéndolas todas de rabia y furia contenida, que le hizo mascullar entre clientes:

—Te llevaré a casa, Lori.

—¿No hay cine?

—¡No!

—¿Ni tentador paseo en coche?

—Perdona, pero ardo en deseos de llegar a la mía. ¡Volveré a insistir con mi padre!

—No te dirá nada.

—¡Insistiré!

—Será inútil. ¡Es tan cabezota como tú!

—Le diré que ese bestia de Obon Kigu ha debido seguirnos a ti y a mí.

—No le conmoverás: estoy segura que tu padre guarda algún secreto.

—¡Me lo dirá!

—No, porque él intenta protegerte.

—¿De qué, Lori?

—¡Ah! Ahí está el misterio, cariño.

—No lo comprendo, nenita: es cierto que mi padre jamás se metió en ningún lío.

—Ya sabes lo que reza el refrán: «A la vejez, viruelas».

—¡Qué viruelas ni narices! —volvió a estallar el joven—. A mi padre le quieren imponer esa cita con ese von Hossen, y él no quiere ir.

—Queda la policía.

—Sí, Lori: acudiré a ella.

—Pero no lo hagas sin consultar con tu padre.

—Vuelves a tener razón, nenita.

—¡Dios sabe lo que se oculta tras todo eso!

Habían llegado frente a la casa de la muchacha y él ofreció la mejilla. Pero Lori Benson le buscó los labios en la despedida, y si la caricia se inició con dulzura y ternura, su prolongación fue convirtiéndose nuevamente excitante hasta que ella advirtió, halagada y risueña:

—Ya está bien, cariño… ¡Te enciendes como la pólvora!

—¡Ya sabes, Lori! Tú eres la mecha y yo el cartucho que…

—Hasta mañana, Robert. ¡Ya me telefonearás con lo que haya!

—Que descanses, Lori: saluda a los tuyos.

Al poco de volver a arrancar el descubierto «M.G.», la típica llovizna de Londres empezó a caer sobre la ciudad. El joven conductor aceleró, nuevamente mascullando:

—¡Lo que faltaba! Ahora a remojarse…

Robert Lynn penetró en su casa sin necesidad de pasar por la tienda. La armería de su padre tenía vivienda en la parte posterior y a ella se llegaba utilizando la puerta que daba al piso bajo del edificio, en la escalera.

Abrió el portal, pero al llegar frente a la puerta que daba acceso a su casa, sus ojos quedaron fijos en el papel que alguien había clavado en la puerta. Era una hoja sencilla arrancada de una agenda de bolsillo, pero allí alguien había escrito con caracteres de imprenta, bien visible:

«No faltes a la cita, viejo».

Una vez más, volvió a recordar al hombre de color que su padre le había dicho respondía al nombre de Obon Kigu.

—¡Qué insistencia! —musitó para sí.

Penetró, fue a la cocina y se tomó un vaso de leche fría. Arrugó el papel en la mano y caminó en busca de la habitación de su padre.

El ex cazador roncaba profundamente.

Lo había hecho siempre: el joven recordó las muchas noches de campamento que había pasado junto a su padre. Desde muy niño, infinidad de veces le había llevado con él de caza en las selvas africanas.

Ahora, concretamente recordó el día que le preguntó la razón de por qué roncase tan fuerte mientras dormía. La respuesta de su padre le había hecho mucha gracia y jamás la olvidaría: el famoso cazador le había dicho:

—«Es una defensa, hijo».

—«¿Una defensa, padre? No comprendo».

—«Verás, hijo: los primates, cuando la hembra y los hijos suben a los árboles para pasar la noche, el macho se queda en tierra y allí apoyado en el tronco del árbol, se pone a gruñir.»

—«¿Para qué gruñe?»

—«Lo hace para avisar a los otros animales que él está allí: que aquél es su territorio. ¡Nadie debe acercarse ni molestarle!»,

—«Ahora sí comprendo, padre.»

—«Pero lo gracioso es que, como con el paso de la noche se va él también durmiendo, instintivamente, un mecanismo interior que tiene le hace convertir los gruñidos en ronquidos…»

—«¿Y así sigue defendiendo a los suyos?».

—«Eso es, hijo: así sigue defendiendo a los suyos. ¡Anunciando a todos que él sigue allí!»

—«Pero tú no eres un gorila, padre.»

—«No hijo… ¡Por desgracia soy un hombre!»

Sí: le había hecho mucha gracia aquella historia. Como otras muchas que el famoso cazador podía contar, después de haber pasado prácticamente su vida en aquellas selváticas tierras, puesto que Robert Lynn padre había recorrido casi toda África.

África: el exuberante y misterioso Continente Negro, donde la madre naturaleza mostraba toda su pujanza y fuerza, y en donde se podían vivir las aventuras más inesperadas y prodigiosas.

Las más insólitas.

Sólo que ahora, desde hacía unos años, África había despertado a la «civilización» y sus conflictos internos, de independencia y crecimiento a partir de la independencia de muchos de sus países, resultaban muy distintos.

¿Cuánta sangre africana había corrido en el ex belga Congo en las ex colonias británicas de Kenia, Uganda, Ruanda, Tanzania, Zambia, Rodesia y aun en el Estado independiente de África del Sur?. Y en el Senegal, y en Nigeria, Biafra, Camerún y El Chad, incluyendo el Sudán, la antigua Abisinia, el mismo Egipto y las dos Somalias.

Países enormes, inmensos, con una creciente población nativa mísera, explotada por uno y por otros y aún la mayoría analfabeta. A flor de tierra, y también en su subsuelo, África atesoraba inmensas riquezas que todos se disputaban.

Esa era su gloria… ¡y también su tragedia!

África estaba dando un salto en el tiempo, pero más bien parecía un salto al vacío, por el abismo en la que la hundían tantos torpes y ambiciosos gobiernos, tantos jefes de partido, más tarde convertidos en tiranos. Tantos golpes de Estado, contragolpes, revoluciones, agitaciones, intrigas financieras.

Los hombres blancos y sus poderosas multinacionales seguían disputándose África. Sólo que ahora ya no lo hacían enviando tropas, misioneros que fuesen imponiendo sus religiones, ni avispados gobernadores para administrar las distintas colonias y territorios.

Ahora, desde sus lejanos y lujosos despachos en Washington, Berlín, París, Moscú y otras capitales, las grandes potencias, continuaban influyendo mediante sus embajadores, su astuta diplomacia, sus enviados «especiales», los contratos de sus poderosas Compañías, la exportación y la importación, el comercio, las líneas aéreas, los tratados de estado a estado.

Y también, cuando ello les convenía, los golpes de Estado. Las revoluciones, las revueltas, las mil intrigas.

Un cambio de gobierno en cualquier país africano, podía hacer bajar o subir la Bolsa de Londres y la de Washington. O podría interesar a Rusia o China.

O bien beneficiaba a una multinacional, que vería así aumentada, su influencia y ganancias.

Sí: la sufrida África era como un inmenso panal donde abejas astutas y ambiciosas se lanzaban a libar la sabrosa miel que aún contenía.

Contemplando a su padre dormir y escuchándole roncar, el joven Robert Lynn estuvo pensando en todo esto. Y también receló que ahora aquel viejo cazador retirado, siempre soñador y aventurero, amante de la vida salvaje y la naturaleza, por alguna extraña razón se veía mezclado en las exigencias de aquel negro llamado Obon Kigu, y un rico alemán que le citaba que debía responder por von Hossen.

¿Pero de qué se trataba?

Robert Lynn estuvo a punto de despertar a su padre y obligarle a hablar. Debía decirle que aquel Obon Kigu les había seguido a él y a Lori, incluso después volviendo a dejar un tercer aviso clavado en la propia puerta de su casa.

El joven quedó con la mano extendida hacia el cuerpo de su padre, pensando cómo habría podido el individuo negro entrar en el portal para clavar sobre la puerta aquella hoja de agenda de bolsillo.

Desarrugó el papel dándole vueltas y examinándole bien, por si

descubría en él cualquier otra anotación, unas señas, algo.

Sólo volvió a leer el aviso:

«No faltes a la cita, viejo» Nada más.

Fugazmente miró la hora en su reloj de pulsera y decidió que era demasiado tarde para despertar a su padre.

Le dejaría que siguiera descansando, con sus profundos ronquidos.

—Mañana hablaremos, padre. ¡Me lo tendrás que contar todo! —se prometió a sí mismo.

Salió de la habitación a puntillas, camino de su cuarto.

No había sido un día bueno. Al final, ni incluso había dado el placentero paseo en coche junto a la bonita Lori.

CAPÍTULO IV

TRAS la ducha y pasar a la cocina, Robert Lynn encontró junto a la mantequilla y las tostadas una nota de su padre.

«Hijo: abre la tienda y atiende a los clientes hasta mi vuelta, no tardaré.»

—¡Vaya! Me la jugó: seguro que acudió a esa cita.

Fue lo primero que pensó el joven, tras arrugar la nota de su padre y ponerse a desplegar la mantequilla en las tostadas. También tomó café, consumió un cigarrillo y miró la hora. Faltaban unos minutos para abrir la armería y los consumió poniendo en orden las cosas: pistolas, revólveres, cajas de cartuchos de todos los calibres, pero, sobre todo, escopetas de caza.

En eso Robert Lynn padre era un buen entendido: todo un experto.

Cuando subió el cierre, la frutería frontera ya estaba abierta y con un gesto del brazo alzado saludó al señor Collins. Salió a la acera, terminó cruzando la calle ante la sonrisa del vecino y ante las manzanas, las naranjas y las peras comentó, amistosamente halagado.

—Usted siempre tiene buen género, señor Collins. ¿Son de España?

—Sí, Robert. ¡Las mejores naranjas que se venden en Londres!

El robusto tendero apilaba su fruta, cuando se interesó:

—¿Hoy no vas al gimnasio, muchacho?

—Luego, señor Collins; mi padre ha tenido que salir.

—Sí, le vi: estuvo aquí para llamar por teléfono.

Robert Lynn quedó muy perplejo, preguntándose así mismo:

—¡Qué raro! El nuestro no está averiado.

—Por cierto, que vi a tu padre algo nervioso.

—¿Le dijo a dónde iba?

—No… Le vi doblar la esquina y parar un taxi.

Robert Lynn forzó media sonrisa, volvió a cruzar la calle y nada más penetrar en la armería corrió al teléfono.

¡No estaba averiado!

Cada vez se reafirmaba más que su padre había decidido acudir a la cita de aquel misterioso von Hossen. Con toda seguridad había pasado a la frutería del señor Collins, para llamar por teléfono desde allí, para que él no le pudiese escuchar.

Nervioso atendió al primer cliente: una caja de cartuchos del doce, para la caza de la perdiz. Así pasó media mañana, sin decidirse a llamar a Lori; no podía dar a la muchacha ninguna novedad, porque, realmente, ignoraba adónde había ido su padre.

Antes de las doce penetró en la armería el dueño de la tienda y al quitarse el sombrero saludó jovial:

—¡Hola, hijo! ¿Muchas ventas?

Robert Lynn taladró a su padre con su mirada gris y casi desabridamente preguntó:

—¿Dónde has estado?

—Por ahí… De compras y haciendo planes.

—¿Qué clase de planes, padre?

—Bueno… He pensado que nos hemos ganado unas vacaciones. Así es que echaremos el cierre y… ¡A la soleada Mallorca a nadar y a tostarnos al sol! —Padre…

—Ya tengo los pasajes y hasta la reserva del hotel. España es…

—¡Padre!

—¿Qué pasa, Robert? ¿A qué viene esa cara?

—Quiero la verdad.

—No entiendo. ¿A qué verdad te refieres, hijo?

—Tú detestas Mallorca: hay demasiada «civilización» y gente, para que te gusten sitios así.

—Bueno: por una vez y en honor a ti, me comportaré como un ser normal.

—Dime por qué no utilizaste nuestro teléfono, y pasaste a llamar a la frutería del señor Collins.

—¡Diablos! ¿Es que me espías, hijo?

—Sólo te pregunto.

—Bueno… Dormías y no quise despertarte con…

—¿A quién llamaste, padre?

Poniéndose serio, el dueño de la armería a su vez indagó:

—¿Quieres dejar de coserme a preguntas? ¡Soy mayorcito, para que ahora vengas a fiscalizar mi vida!

—No pretendo fiscalizar tu vida. Sólo me intereso porque, desde ayer tarde, no te estás comportando normalmente.

—Si te refieres a…

—Sabes muy bien a lo que me refiero —atajó el joven.

Hizo una pausa mientras le seguía a la trastienda, para añadir:

—Y ahora me vienes con esas vacaciones improvisadas. Ese viajecito a las soleadas playas de Mallorca que…

—Mira los pasajes: ya hice las reservas y tú y yo…

—¿De qué pretendes huir, padre?

—¿Huir… dices?

El veterano ex cazador miró a su hijo fijamente, directamente buscándole las pupilas grises. Por un instante los dos estuvieron como estudiándose, hasta que con un hilo de voz el dueño de la armería musitó:

—No… No quiero que te pase nada, hijo… ¡Eres lo único que tengo!

—Y yo a ti, padre… ¡Pero tienes que sincerarte conmigo y decírmelo todo! ¡TODO!

Nueva vacilación en el hombre maduro, que al fin decidió:

—Tienes razón, Robert… ¡Debo confiar en ti!

En aquel instante, sonó el timbre en la puerta de entrada de la armería. Le habían instalado en la parte superior, para que les avisara cuando alguien entraba y ellos estaban en la trastienda. El dueño de la tienda empezó a caminar, aunque no sin pedir:

—Un momento, hijo: cuando se vaya ese cliente hablaremos.

El joven se sentó y para mejor consumir la espera encendió un cigarrillo.

Mientras, Robert Lynn padre salió al mostrador, pero no vio a nadie en su tienda. Extrañado extendió la mirada hacia la puerta encristalada, y fue cuando descubrió un pequeño paquete junto a ella.

Resultaba muy extraño que alguien lo hubiese dejado allí.

De pronto comprendió y, por instinto, empezó a recular muy alarmado.

Pero no tuvo tiempo de retirarse del todo.

La explosión fue terrible y todo se llenó de denso humo negro y de cosas que parecían estallar en el aire. Cascotes del techo y las paredes

empezaron a llover también, convirtiendo la armería en un auténtico infierno.

Robert Lynn hijo dio un bote, saliendo despedido de la silla. Velozmente se recuperó y empezó a correr hacia el mostrador, donde encontró el cuerpo de su padre ensangrentado, como roto y sin vida tendido de bruces allí.

—¡Padre! ¡Padre!

La pequeña armería seguía llena de humo y todo aparecía extendido por el suelo. Las vitrinas y los estantes habían volado como cenizas y, junto a la puerta también completamente destrozada, sobre el suelo lleno de cascotes del techo y las paredes, unas pequeñas llamas ardían vacilantes.

No había duda: allí había estallado una bomba de relojería.

Robert Lynn hijo tomó a su padre en brazos y corrió con él a la trastienda. Le depositaba sobre el sofá cuando unas voces conocidas se interesaron a su espalda:

—¿Qué ha ocurrido, Robert?

El frutero Collins y otros vecinos estaban allí, todos alarmados y confusos.

No sabían lo que hacer, hasta que alguien opinó:

—¡Hay que llamar a una ambulancia, o el señor Lynn se morirá!

—¡Ha debido ser un atentado!

—¿Un sabotaje?

—¿Por parte de quién?

—No sé… ¡A lo peor los del I.R.A.!

—¿Pero por qué?

—El señor Lynn vende armas y quizá… esos rebeldes irlandeses.

—¡Quieren callarse de una vez! ¡Mi padre necesita un médico!

El señor Collins corrió al teléfono, pero vio que el aparato estaba desprendido de la pared. Volvió a cruzar por entre los cascotes y todo aquel revoltijo, para correr hacia su frutería. Pero antes se puso a pedir a los vecinos y los curiosos:

—¡Fuera todos! ¡Largo todos de aquí! No harán más que estorbar.

El joven Lynn seguía inclinado sobre su padre, librandóle de la chaqueta y el chaleco. Aquel cuerpo sangraba por múltiples partes, pero el hombre mal herido tuvo ánimos para suplicar:

—¡La… la policía no, hijo…! ¡No, por favor!

—Pero padre… ¡Han querido matarnos!

—No… no, hijo, no… De desearlo, esa gente no habría fallado… Les… ¡Les conozco bien!… Sólo… sólo ha sido un aviso… Yo… yo…

—Por fuerza tendrá que venir la policía, padre. ¡Alguien ha puesto aquí una bomba!

—Lo sé… ¡Lo sé, Robert! Pero no… no les digas nada de… ¿Tú estás bien, hijo?

—Sí, padre… Pero a ti… a ti…

—No… no te preocupes… ¡Saldré de ésta! … No digas nada a la policía de esa… de esa gente.

—Debemos hacerlo. ¡Son asesinos!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero son muy poderosos… ¡Mucho, hijo! Nada conseguiríamos y ellos… ¡Ellos se vengarían en ti!

—¡No les tengo miedo!

—Piensa en Lori… A ella también… también… Dame tu palabra, hijo… ¡Hazlo por mí! Viendo aquella sangre brotar del cuerpo respetado y querido, forzándose a él mismo el joven aún indagó:

—Padre… ¿Qué… qué tienes que ocultar tú, por favor?

—Mucho, hijo… ¡Mucho!… Pero ahora… ahora no puedo contártelo todo y tú… ¡Tú debes hacer lo que digo!

—Está bien, padre… Nada hablaré de esos criminales a la policía.

—Gracias, hijo… ¡Muchas gracias, Robert!

La ambulancia llegó y la policía también; pero Robert Lynn hijo supo cumplir con la palabra dada a su padre.

Se limitó a decir que no se explicaba cómo había ocurrido una cosa así. En todo caso, las investigaciones policiales deberían seguir su curso.

CAPÍTULO V

INSTALADO en una clínica particular, Robert Lynn padre no dejaba de recibir visitas.

Siempre había sido un hombre bueno y tenía muchos amigos.

Naturalmente, los que más permanecían a su lado eran su hijo y Lori Benson, que llegó a manifestar:

—Lo que no me explico es por qué no denunciáis a ese negro Obon Kigu y al alemán von Hossen. ¡Estoy segura que fueron ellos!

Padre e hijo se miraron en silencio, hasta que el joven rogó:

—Será mejor que no te mezcles en todo esto, Lori.

—¿Por qué no, cariño? ¡Pronto seré de la familia!

Vendada su cabeza, el hombro izquierdo y parte del pecho, el hombre herido rogó:

—¿Puedes dejarnos solos, pequeña?

—¡Claro, señor Lynn! Precisamente debo regresar a casa.

La muchacha rubia agitó su manita desde la puerta, deseando: —Que se mejore, señor Lynn… ¡Y a ver cuándo me llamas, Robert!

—Baybay, Lori.

Nada más salir la mujer el joven apremió;

—Bien, padre; ya estamos solos.

—Sólo puedo decirte una cosa, hijo… ¡Tendrás que ir a hablar con von Hossen!

—¿Yo…?

—Sí, Robert… Quiero que le digas a esa gente, que aceptaré nada más pueda levantarme de aquí.

—¿Qué aceptarás… el qué, padre?

—Von Hossen te lo dirá… Tú le dices que conoces la región de Lago

Kyaga tan bien como yo.

—¡Y la conozco! Me llevaste muchas veces a cazar allí.

—Bastará con que se lo digas… Y lo demuestres con tus palabras sobre algún mapa.

—Siguen las incógnitas, padre.

—Por ahora, ni debo… ¡Ni quiero decirte más!

—¡Está bien! ¿Dónde puedo localizar a ese von Hossen?

—Eso sí te lo diré.

El herido hizo una pausa, pareció reflexionar hondamente y al fin volvió a recomendar:

—Pero antes, debes prometerme una cosa, hijo.

—Adelante —animó el joven.

—Ya que nos tenemos que doblegar, quiero que con toda esa gente te muestres prudente.

—¿No lo soy siempre?

—No, hijo… ¡No lo eres nunca! Al contrario: siempre te muestras impetuoso y audaz. ¡Excesivamente audaz, diría yo!

—De acuerdo: me mostraré extremadamente cauto y prudente.

—Te lo digo por tú bien, ¡von Hossen está lleno de soberbia! Acostumbrado a mandar y hacer todo lo que le conviene, no se detiene ante nada, hijo… ¡Ante nada!

—Lo ha demostrado.

—¡Oh, esto no fue nada! De haber deseado matarme, lo habría conseguido… Sólo fue un aviso, para doblegarme.

—Y te doblegas, padre.

—Bueno… Lo hago también por mi interés. ¿No ves esto?

—Es una linda caja, con una hermosa gardenia dentro.

—Es la flor preferida de von Hossen. Me la trajo un botones de la floristería… ¡Y con este dinero dentro!

Asombradísimo, el joven se puso a contar los billetes:

—¡Cinco mil libras!

Luego devolvió los billetes al herido y bromeando indagó:

—¿A quién tenemos que matar, padre?

El herido también sonrió, antes de objetar:

—No se trata de eso, hijo.

Y siguieron hablando…

* * *

El descapotable «M.G.» ascendía la pendiente forzando la marcha,

porque el joven conductor ansiaba llegar a su destino cuanto antes mejor.

Una viva impaciencia consumía a Robert Lynn, por llegar a la residencia del misterioso von Hossen.

Torció a la derecha enfilando un camino vecinal, para encontrar a media milla que una alta verja le cerraba el paso. A la entrada de la finca le seguía un alto y recio muro, que al extenderse a derecha e izquierda hacía pensar que un amplio recinto quedaba bien guardado.

Además de dos guardabosques que, con sus uniformes y los rifles terciados a la espalda, montaban guardia allí.

Uno de ellos alzó el brazo y Robert Lynn terminó frenando del todo, anunciándose:

—Soy Robert Lynn.

—Le esperábamos, señor —saludó uno de los vigilantes.

De cualquier manera, su mano extendida resultaba significativa cuando pidió:

—Identifíquese.

Robert Lynn abrió la guantera para buscar la documentación y entonces el individuo observó:

—Veo que va armado, señor.

—¡Bah! Sólo es una «Luger» sin importancia.

—¡Baje del coche!

Aquella vez se olvidó lo de «señor» y, además, su voz resultó más seca y tajante.

Robert Lynn recordó que también había prometido a su padre ser prudente y obedeció forzando incluso media sonrisa. Aquel vigilante le indicó que le siguiera, le llevó hasta una cabina que sin duda debía conectar con el control interior, puesto que tras hablar por teléfono el mismo individuo le indicó;

—Ya puede subir a su coche, señor. Le recibirá el señor Hossen,

—Gracias, amigo.

Electrónicamente, accionada desde algún mando a distancia la alta verja empezó a abrirse, Al volante de su descapotable «M.G.» Robert Lynn se dispuso a pisar el acelerador, cuando escuchó que el segundo vigilante le indicaba:

—Siga siempre el camino enarenado de la derecha.

—Lo haré así.

—No se aparte de él, señor Lynn.

—Descuide: soy muy bien mandado.

El camino enarenado seguía ascendiendo y la alta verja volvió a cerrarse a las espaldas del visitante. Robert Lynn ni giró la cabeza, pese a una vaga impresión de que acababa de entrar en una trampa.

Una trampa, gigantesca, desde luego, porque el camino continuó media milla más y eso le dio a entender que aquella finca debía ser enorme. A la izquierda se veía un espeso bosque y a la derecha racimos de rocas caprichosas, llegando al fin a una explanada en donde el camino se bifurcaba en dos direcciones. El joven conductor del «M.G.» deportivo, recordaba, perfectamente, que uno de los vigilantes le había indicado que siempre debía seguir por el de la derecha. Pero, precisamente por eso, Robert Lynn tomó el de la izquierda.

A él siempre le gustaba tomar decisiones propias.

No obstante, pronto pensó que tendría que arrepentirse, Un seco disparo de rifle le dejó deshinchado el neumático derecho delantero, haciéndole frenar la marcha del coche,

Robert Lynn miró alarmado a todas partes, pero no pudo ver al tirador que, al intentar seguir, también le desinfló el neumático Izquierdo delantero.

No había la menor duda; el que disparaba aquel rifle tenía una excelente puntería.

De ello dedujo el visitante que no le querían matar. Un tirador así, de tanta categoría, de desear terminar con él ya le habría hecho alojándole un certero balazo en la cabeza.

En aquellas condiciones el coche ya no podía avanzar con seguridad y Robert Lynn abandonó el volante, Pero lo hizo tranquilo, sin ninguna prisa ni alarma: como aquel al que realmente se le han pinchado los dos neumáticos y decide continuar a pie.

De cualquier forma, antes de bajar del «M.G.» abrió la guantera y tomó la «Luger», por lo que pudiera encontrar más adelante.

En realidad, no las tenía todas consigo.

Volvió a mirar a todas partes, pero siguió sin descubrir al tirador. Ahora llevaba la pistola en la mano y, si volvía a dispararle, estaba dispuesto a contestarle del mismo modo.

Él también era capaz de hacer demostraciones de puntería.

Apenas había dejado el coche veinte pasos atrás, cuando un tercer disparo hizo que la arena junto a sus pies saltase convertida en un surtidor. Robert Lynn frenó en seco, pero continuó sin amilanarse.

Vigilante, tenso, con el índice dispuesto a presionar el sensible

gatillo de su «Luger».

De pronto, vislumbró tras unos matorrales el fugaz fogonazo del cuarto disparo y a su vez dirigió la bala de su pistola hacia allí, con rapidez y precisión.

De las dos cosas no tuvo duda, porque un alarido infrahumano le anunció que había acertado. El oculto tirador se levantó como herido por un rayo, medio sobresalió del matorral y con los brazos muy abiertos ya soltando su rifle, terminó desplomándose de bruces sobre el terreno.

El silencio más absoluto volvió a reinar.

Encogiéndose sobre él mismo, Robert Lynn medio se arrastró en aquella dirección.

Cuando llegó junto al individuo tendido vio la sangre sobre la arena y pensó: «Este está listo… No volverá a jugar al tiro al blanco.»

Por un instante se preocupó: acababa de matar a un hombre.

Por las trazas seguía dentro del amplio recinto amurallado del misterioso alemán von Hossen, y si quería salir con vida de allí le sería preciso buscar la alta verja de la entrada: muros tan altos y macizos no era capaz de saltar.

Quedaba el problema de los dos vigilantes armados que le habían franqueado la entrada. Eso sin contar que, con dos de sus neumáticos deshinchados, su «M.G.» se había convertido en una tortuga borracha.

Apenas podría alcanzar los cinco kilómetros por hora con él.

Robert Lynn no sabía qué hacer.

Se apartó del hombre al que había abatido con su certero disparo y, al oír unos pasos, como pudo intentó agazaparse entre unos espesos matorrales: permanecería escondido allí hasta que cerrase del todo la noche, y luego ya vería cómo regresaría a Londres.

Pero de pronto, una voz gutural que no era del todo desconocida bramó a su izquierda:

—¡Sal de ahí, viejo zorro! ¡Estás rodeado!

¡Diablos! Estaba dispuesto a tragarse un zapato, si aquel vozarrón no correspondía al negrazo Obon Kigu.

El timbre de aquella voz era inconfundible.

Lo confirmó al oírle nuevamente amenazar:

—¿Prefieres que te cosa a balazos, viejo zoquete?

«Zoquete».

Así le había llamado a su padre, el día que les golpeó a los dos en la

armería.

El vozarrón de Obon Kigu no le permitió seguir reflexionando más, porque escondido tras aquellos matojos nuevamente le escuchó ordenar:

—Está bien, chicos. ¡Disparar!

El alarmado Robert Lynn escuchó a derecha e izquierda el siniestro silbido de las balas de rifle, que no tardarían en acribillarle. Quedaría tendido allí revolcándose en su propia sangre, y luego adivina quién te dio.

Ni su padre podría vengarle.

¿Y cómo demostrar que había entrado en aquella finca? También harían desaparecer su coche y asunto zanjado: su asesinato no lo sabría nadie.

Nadie, excepto sus autores, claro.

Todo eso le hizo decidir que sería mejor morir matando. Al menos, si conseguía llevarse con él al odiado negrazo de los puños de acero, lo del golpe a su padre y su muela perdida quedaría vengado.

No lo pensó dos veces y, saltando desde el precario refugio de los matorrales, salió disparado de allí corriendo hacia donde tronaban los disparos, a su vez presionando una y otra vez el gatillo de su «Luger», hasta agotar el cargador.

Lo asombroso, lo realmente alucinante, fue que pese a su buena puntería probada en mil ocasiones, no acertó a ninguno de los tres individuos de color —incluyendo al negrazo Obon Kigu—, con los siete disparos que dispuso.

Y lo que terminó de dejarle totalmente perplejo, fue que tampoco ninguno de los tres le acertaron a él, en aquel duelo desigual y a la desesperada, frente a frente… ¡y a pocos pasos!

Todo aquello resultaba inaudito.

Robert Lynn se encontró frente a los tres vigilantes de color, con su «Luger» descargada en la mano y observando que el brutal Obon Kigu se ponía a reír sonoramente.

Muy divertido al parecer, soltando sonoras carcajadas de caníbal, el muy bestia.

En su desconcertante desesperación, dispuesto a morir, Robert Lynn le contestó incitándoles, fuera de sí:

—¡Seguid disparando, animales! ¡Rematarme de una condenada vez!

Pero sólo consiguió aumentar la diversión de Obon Kigu, a quien se pusieron a secundar también a carcajadas los dos otros hombres de color.

Robert Lynn pensó que estaba sonando.
Que aquello sólo era una fantasía.
Fantasía ridícula para él, claro…

CAPÍTULO VI

OBON KIGU se adelantó sin dejarle de apuntarle con su rifle e indagando algo extrañado:

—¿Cómo entraste aquí, gorrión?

—Por la puerta: dos vigilantes examinaron mi documentación.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Lynn… Robert Lynn.

—Ahora comprendo: te llamas como tu padre y esos imbéciles te han confundido con él.

—Soy bastante más joven —recordó Robert Lynn.

—Sí… Pero ellos esperaban un visitante con ese nombre y…

—Mal podía venir mi padre —le atajó el joven—. ¡Ustedes colocaron una bomba en nuestra armería y resultó mal herido!

—¿Ah, sí? No sabía que resultó herido el viejo zoquete.

—Pues lo está. ¡Y casi le mata!

—Tranquilo, gorrión. No fui yo el de la bomba.

Pareció consultar algo con sus dos compañeros, pero Robert Lynn no pudo entender nada. Obon Kigu había hablado en un dialecto africano, para continuar con su pésimo inglés:

—Síguenos, gorrión.

—Me llamo Robert Lynn…

—Ya lo dijiste: como tu padre.

Fue preciso obedecerles y al poco los cuatro quedaron frente a un grandioso edificio de piedra, sin duda modernizado aquí y allá, pero cuyos macizos cimientos debían ser centenarios. Sus tres plantas se alzaban majestuosas, con torretas también de piedra que le daban el aspecto de una fortaleza medieval.

El contraste estaba en los cuatro soberbios coches, últimos modelos, aparcados por allí. Y también en la luz eléctrica que alumbraba el interior de aquella mansión, digna de reyes o príncipes.

Robert Lynn procuraba captar los más mínimos detalles, cuando el cañón del rifle de Obon Kigu tocó su espalda al ordenar:

—Sigue y adentro. ¡Vas a conocer a von Hossen, gorrión!

Le fastidiaba que aquel gigante negro le siguiera llamando «gorrión», pero consideró que era mejor no volver a objetar nada. El recuerdo de la muela perdida, unido a la palabra dada a su padre, le hizo mostrarse prudente y precavido: un balazo y, en el momento más inesperado, podían terminar con él.

Por dentro, el soberbio y macizo edificio no desmerecía en nada al exterior. Se diría que era la principesca residencia de todo un lord del Imperio Británico, poderosamente rico y a la par exquisito en el refinado gusto para la adecuada decoración.

En cada uno de aquellos rincones, en cada mueble, en cada adorno, se adivinaba la riqueza unida al buen gusto.

Pero Robert Lynn tuvo poco tiempo para tales observaciones. Una mujer esplendorosa, elegantemente vestida, le salió al encuentro y le extendió su brazo para que él besara el dorso de su mano, al saludar con voz cantarina:

—Buenas noches, señor Lynn… Perdone, pero me lo figuraba más… más…

—¿Más viejo? —le ayudó el forzado visitante.

Obon Kigu se adelantó, apresurándose a cuchichear algo al oído de la bella y hermosa «dama». Robert Lynn sospechó que le estaba contando lo del equívoco de los vigilantes de la entrada, porque ella volvió a mirarle al exclamar:

—¡Ah, claro! Usted es el hijo del cazador Lynn.

—Así es señora.

—¡Señorita! —se apresuró a corregir ella.

Luego hizo un mudo gesto autoritario y a la par displicente con una de sus manos, el negrazo Obon Kigu empezó a alejarse y nuevamente habló, con su voz dulce y cantarina:

—Tenga la bondad de sentarse, señor Lynn.

Mientras se acomodaban el uno frente al otro, Robert Lynn empezó a sentir la vaga sensación de que la presencia de aquella exquisita mujer estaba obrando en sus sentidos como una especie de bálsamo. Sin saber por qué, todas sus preocupaciones y su alicaído estado de ánimo

parecían evaporarse con sólo mirarla; simplemente teniendo el placer de contemplarla.

Porque recrearse en la figura de aquella mujer era, sin lugar a dudas, un auténtico placer. Una delicia superior a todas las sensaciones maravillosas que uno pudiera imaginar.

Era mulata y además extraordinaria. El blanco y el negro que se fundían en su suave epidermis habían conseguido una especie de color bronce tan exquisito, que sólo eso, sólo mirar su piel, ya era suficiente para que transcurriesen las horas sin apercibirse de las manecillas del reloj. Además, transpiraba en cada movimiento una naturalidad tan sencilla y elegante al mismo tiempo, que a fuerza de serlo, ni parecía elegancia.

Pero lo que evidentemente había borrado de los sentidos de Robert Lynn —cual si éstos fueran una pizarra—, el abatimiento y el desánimo por su nueva derrota, era la fuerte y penetrante brisa de sensualidad que como un perfume embriagador emanaba del armonioso y excitante cuerpo de aquella mujer tan hermosa.

Consciente de que el silencio se prolongaba excesivamente y de que ella había captado la fuerte impresión, el impacto que su naturaleza causaba en el ánimo del joven visitante, Robert Lynn le preguntó sin dejar de contemplarla:

—¿Debo considerarme su prisionero, señorita…?

Le sonrió, no sólo con sus labios carnosos rebosantes de rojo sensualismo, sino también con aquellas inmensas pupilas chispeantes y luminosas, que a fuerza de ser tan negras, se le antojaron azuladas. Vio también el singular aleteo de sus largas y rizadas pestañas, creyendo captar en aquel fugaz parpadeo la sombra de una duda, el atisbo de una momentánea indecisión por la pregunta.

—Verá, amigo… —dijo al fin, como venciendo sus supuestas dudas —. Estoy inmersa en un difícil problema al que no soy capaz, por mi misma, de encontrar la adecuada solución.

—¿Tendrá que consultarlo quizá con von Hossen? —indicó él, no sin cierta ironía. Debió dar en la diana, porque al instante le preguntó, con cambio de voz que se hizo menos dulce y acariciante:

—¿Qué sabe usted de von Hossen?

—¿Se lo digo, señorita?

—Le he preguntado —pareció azuzar ella.

—Pues sé… ¡Qué es un canalla! ¡Un asesino que ha estado cerca de matar a mi padre!

—Cálmese, por favor: no sea tan impetuoso —recomendó ella.

Al mismo tiempo, cruzó las piernas, excepcional modelo de tórrida perfección, cediendo ligeramente la falda hacia arriba, lo que le permitió a Robert acceder al inicio de unos muslos prietos, de los que sólo tras un esfuerzo mental consiguió apartar la mirada.

—Se trata de un trabajo que su padre debe hacer, para nosotros —anunció al fin, pero con exquisita tranquilidad.

—Y por el cual, ustedes, le han mandado ya a la clínica cinco mil libras —recordó Robert.

—Se las envié yo misma —continuó informando—. Aunque no sabía que sus heridas fuesen tan graves, que no le permitieran venir y…

—Mi padre me envió a mí, señorita. ¿Les molesta?

Negó con su cabeza, haciendo mover la mata de cabello negro y sedoso que resbalaba por encima de los desnudos hombros, puesto que la blusa blanca apenas se sujetaba alrededor de aquéllos, por dos delgadas tiras, susurrando:

—Usted ha salido muy bien de la prueba, amigo mío.

—¿Puede decirme de que prueba habla, señorita?

—En primer lugar, ha demostrado tener iniciativa propia, puesto que tomó el sendero de la izquierda, cuando en la entrada los vigilantes le habían indicado que debía seguir el de la derecha.

—Fue sólo un capricho.

—Luego, no se asustó, cuando le dispararon a los neumáticos.

—Pensé que algún caprichoso estaba ensayando el tiro.

—Y más tarde, cuando le siguieron disparando, ya sin su coche, no se amilanó y a su vez disparó con su pistola…

—Matando a uno de los suyos —recordó con toda su sangre fría Robert Lynn, pensando que no merecía la pena ocultarlo ya.

Pero aquella diosa volvió a sonreírle deliciosamente, al informarle:

—Usted no mató a nadie, señor Lynn.

—¿De veras? —dijo muy sorprendido—. Pues yo vi a mi atacante que sangraba como un marrano degollado.

—Parte de la prueba —repitió ella.

—Explíquese, por favor.

—Su señor padre, el ex famoso cazador Robert Lynn, debía demostrarnos que aún conservaba toda su legendaria sangre fría y valor de sus mejores tiempos.

—Ya le dije que él sigue en la clínica.

—Lo dijo, pero usted le superó.

—¿Yoooo…?

—Cuando Obon Kigu y los otros dos le descubrieron agazapado tras un matorral, en vez de rendirse y saberse rodeado… ¡Tuvo coraje para plantarles cara!

—Pensé que, de morir, mejor llevándome a esa mala bestia por delante.

—Pues eso es valor, señor Lynn. ¡Y sabremos apreciarlo!

—Lo que no me explico, es cómo no les acerté a ninguno de los tres.

Nueva sonrisa de la bella mujer, al aclarar:

—Su pistola sólo tenía balas de fogueo.

—¡Imposible! Yo mismo la cargué al salir de mi casa y puedo asegurar que…

—¿Olvida que los dos vigilantes de la entrada le hicieron bajar de su coche?

—¡Un momento! ¿Quiere decir que… que las cambiaron cuando deje en la guantera mi «Luger»?

—Así fue, señor Lynn: le repito que el hombre al que habíamos citado tenía que superar ciertas pruebas…

—¡Vaya, vaya! De forma que todo fue un montaje.

—¿Le molesta no haber matado a uno de nuestros hombres?

—Al contrario, señorita. ¡Me alegra!

De pronto, le hizo una pregunta directa, pero para la cual Robert Lynn ya estaba prevenido, por todo lo que le había contado su padre:

—¿Conoce usted Uganda?

—Tanto como mi padre.

—¿Y la región del Lago Kyaga?

—¡Toda! He cazado en esos territorios miles de veces.

—¿Sabría usted guiar a una expedición, hacia las tierras de los Jinja?

—No sólo eso, si no que mi padre y yo fuimos buenos amigos de sus jefes.

—¿Por qué dice «fuimos»?

—Bueno: hace años que faltamos de África. Mi padre se retiró, vino a Londres y montó una armería y…

—¿Sabe con qué dinero, señor Lynn?

Algo desconcertado ante aquella nueva pregunta, el joven movió los hombros al admitir:

—Supongo que con sus ahorros, —Su padre nunca ahorró nada, amigo mío.

—¿Nada…?

—El dinero se lo dimos nosotros… Mejor dicho, von Hossen.

—Supongo que sería por algo, ¿no, señorita?

—¿No se lo ha dicho su padre?

—Bueno… Algo me habló… Me dijo que hace tiempo, cuando echaron a Idi Amin Dada del Gobierno de Uganda, von Hossen le contrató una vez más para una expedición por las tierras de los Jinja.

—¡Exactamente! Y ahora necesitamos volver allí.

—¡Ya! —exclamó Robert, con cierta ironía—. A buscar «algo» que entonces tuvieron que dejar enterrado, ¿verdad, señorita?

—No lo negaré —replicó ella, algo secamente, para al instante volver a preguntar—. ¿Sabe usted de lo que se trata, señor Lynn?

—¡Ni idea! Mi padre tampoco nunca lo supo: se limitó a guiarles a ustedes. —Pero se lo figura, ¿verdad?

—Pues así… por encima, calculo que debe ser algo de mucho valor.

—¡De mucho, señor Lynn!

—De acuerdo. ¡De mucho valor! Pero, ¿de tanto valor como para llegar casi a asesinar a un hombre?

—Su padre se negaba a entrevistarse con von Hossen.

—Si no le venía en gana. ¡Hacía bien!

—Ha sido preciso «convencerle», compréndalo.

—Sólo comprendo una cosa, señorita. Gente que emplea los «métodos» de ustedes, no merecen nuestra consideración… ¡Ni mi padre ni yo estamos dispuestos a colaborar con ustedes!

Aunque sin abandonar su deliciosa sonrisa, la bella y elegante mujer pareció dudar, divertida:

—¿Está seguro, señor Lynn?

—¡Totalmente!

—¿Y si yo misma le ruego que me acompañe usted?

—¿A África?

—Sí, a Uganda: concretamente a las tierras de los belicosos Jinja.

—No le aconsejo que vaya allí: no es lugar para mujeres como usted.

—Gran error, señor Lynn: yo he nacido en las orillas del Lago Kyaga.

—Entonces, si conoce todo aquello, no necesitan ni a mi padre ni a mí.

—¡Otro error! Usted es un buen cazador, como su padre. Lo que es

decir un guía experto y un hombre que sabrá llevarnos al sitio preciso que buscamos. ¡Tenemos un buen mapa, amigo!

Venciendo sus particulares deseos de seguir junto a la inquietante y deseable mujer, al levantarse, Robert Lynn resolvió:

—Busquen otro guía. Yo me voy ahora mismo de aquí. ¡Esta pesada broma ha durado bastante, señorita!

La mujer también se levantó y se limitó a batir palmas. Una de las altas puertas laterales empezó a abrirse.

Y entonces Robert Lynn pudo ver que entraba el hombre más extraño, estrafalario e increíble que en su vida se había echado a la cara.

Quiso jugar a adivino y sus labios musitaron:

—¡Von Hossen…!

CAPÍTULO VII

ERA bajito y regordete, se movía sobre unas cortas piernas también gruesas rematadas en pequeños pies y sus brazos, igualmente cortos con manitas casi infantiles que parecían hinchadas, en cada dedo lucía una sortija.

Diez brillantes, por supuesto.

El mismo deslumbrante fulgor en los botones de su camisa blanca, contrastando con el negro de un «smoking» y su corbatín también negro, sobre el que refulgía un grueso brillante de muchos quilates, que por sí sólo debía valer una fortuna.

De cualquier forma, de aquel enano de no más metro y medio de estatura, lo que más llamaba la atención era su rostro. Una cara redonda de luna llena, sin átomo de barba, cejas ni pestañas, pero cuyos ojillos vivaces y dañinos brillaban más que todas las joyas que llevaba encima.

La barbilla se unía al cuello grueso de carne fofa, que se movió como un flan agitado cuando su voz de niño celebró, al parecer feliz y risueño:

—¡Este es nuestro hombre, Selena! Lo he oído todo desde la otra habitación.

Robert Lynn recordó que, en un momento de la conversación con la mujer, había calificado a aquel personaje de «canalla» y «asesino», Si lo había oído todo por medio de cualquier mecanismo oculto, no se mostraba ofendido, y hasta le mantuvo la sonrisa de niño mimado y caprichoso al decirle:

—Tú y yo tenemos que hablar mucho, querido Robert. Y espero que seas tan experto en la selva como tu padre.

—No les guiaré a ninguna parte, von Hossen.

Aquella especie de gordo enano bufón siguió imperturbable al anunciar:

—Mi querida Selena: tengo una grabación que le hará cambiar de opinión. ¡Ya lo verás! Le tocó el turno de palmear al personaje, y otra puerta lateral se abrió dejando paso a dos criados de color, que llevaban un gran magnetófono, aplicado a un aparato de radio transmisor y receptor, a un gesto de von Hossen lo pusieron en marcha.

La voz inconfundible de Lori Benson surgió de la cinta rogándole al perplejo y sordamente irritado Robert Lynn:

«Haz todo lo que te digan, cariño. ¡Por tu vida y la mía, Robert!

Robert Lynn fue a avanzar impetuoso, pero se vio fuertemente sujeto por los dos criados. Pero no pudieron evitar que gritase:

—¿Qué han hecho con Lori? ¿Dónde la tienen?

—Nada le faltará, querido Robert. ¡Lo mismo que a tu padre!

—¡Mi padre está en la clínica! ¡Usted y su maldita bomba le enviaron allí!

—Precisamente por eso, querido Robert, he considerado que estará mejor atendido por mis amigos. Fueron a buscarle a la Clínica y ahora los dos están juntos.

—¡Miente! Mi padre nunca habrá consentido que sus matones…

—Nada más saber que estaba herido allí, mis amigos le dijeron que a ti te teníamos aquí… ¡El bueno de Lynn te quiere mucho, muchacho!

—¡Es usted un repugnante!

—Pero poderoso, Robert… ¡Muy rico y poderoso! Y con tu eficaz ayuda aún pienso serlo más… ¡Mucho más!

Luego se acercó a la bella mujer, y en vez de besar el dorso de una de sus cuidadas manos se puso a lamerla, como un gatito ridículo. Su otro brazo regordete se alzó, al ordenar a los criados con aburrida displicencia:

—¡Lleváoslo! Tendremos que darle tiempo para pensar.

Robert Lynn se puso a forcejear con los dos hombres de color. Pero von Hossen dejó sus besuqueos y lengüetazos sobre la mano femenina, para rugir histéricamente con su vocecita infantil.

—¡Quieto, imbécil! Una rebeldía más… ¡Y te quedas sin padre y sin esa rubita! ¡Lleváoslo de aquí!

Robert Lynn llegó a temer que aquel enano, cuajado de brillantes y soberbio con el poder de su riqueza, debía estar loco. En cierta forma su más loco afán debía estribar en vencer, humillar, dominar y doblegar a los otros hombres, por lo poco generosa que había sido la Naturaleza

con él.

Y los hombres así suelen ser más peligrosos que las serpientes venenosas.

Sí: como había dicho muchos siglos atrás el gran Tácito: «Para los que ambicionan el poder, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio.» Tendría que obedecer…

* * *

El gigantesco reactor partió de Londres rumbo al continente africano, con las escalas obligadas en su largo vuelo de Madrid, Trípoli, El Cairo, Jartum y Addis-Abeba, para rendir viaje a Nairobi, la capital de Kenia.

Cuidadosamente se había evitado que en los pasajes para la bella y elegante Selena y sus dos acompañantes masculinos, Robert Lynn hijo y el negrazo Obon Kigu, constase que volaban hacia Uganda: a este revuelto país los tres debían entrar subrepticiamente a través del Lago Victoria, utilizando la navegación fluvial menos frecuentada y procurando, en todo momento, que su presencia no fuese detectada por las autoridades ugandesas.

Una vez en territorio de Uganda y siempre con el mayor secreto y sigilo, debían ascender paralelamente a la corriente del río Mityana, pero sin utilizar nunca su corriente, ya muy frecuentada. Una vez encontrasen en mitad de la selva el afluente Tororo, debían girar en dirección noroeste hasta alcanzar las altiplanicies que atravesadas les llevaría a los territorios de la tribu de los Jinjas.

Allí sería utilizado un mapa y un croquis cuidadosamente detallado unos años atrás, para intentar localizar lo que entonces no habían podido sacar del país, y que ahora tanto les interesaba.

Robert Lynn aún no sabía en concreto de qué se trataba.

Aunque lo sospechaba…

Lo cierto era que, junto a la bella e inquietante Selena y al gigantesco Obon Kigu, se encontraba viajando en aquel largo vuelo continental, inquieto y expectante por todo lo que podía ocurrir en él y aun posteriormente.

La primera escala transcurrió sin novedad: en el aeropuerto madrileño de Barajas sólo tuvieron que esperar una hora, para que algunos pasajeros bajaran del avión y otros subieran.

Pero fue al despegar hacia Libia cuando, poco antes de la segunda escala en Trípoli, Robert Lynn comprobó que sus dos compañeros de viaje se mostraban inquietos y alarmados. Nada pudo entender de lo

que hablaban Selene y Obon Kigu, por utilizar un enrevesado dialecto africano; pero cuando le preguntó a la bella mulata, le transmitió en inglés:

—Tenemos problemas, Robert.

—¿Qué clase de problemas? —quiso concretar.

—Fíjate en esos dos pasajeros de ahí delante.

—¿Te refieres a esos dos hombres de color tan elegantes?

—Sí… Han subido en Madrid.

—¿Y eso qué, Selena? Parecen dos pacíficos diplomáticos, de cualquier país africano.

—No son diplomáticos, Robert. ¡Son pistoleros!

—¡Diablos! ¿Estás segura?

—Totalmente. Pertenecen a la tribu de Katulikire: la misma donde nació el tirano Idi Amin-Dada.

—Bueno, ¿y eso qué?

—Buscan lo mismo que nosotros.

—Entonces, también irán para Uganda.

—Lo intentarán, pero llevándonos a nosotros a la fuerza. ¡O eliminándonos!

—¡Canastos! —exclamó el joven—. Por lo visto, tenemos competencia, ¿no?

—No te preocupes: le he dicho a Obon que nos libre de ellos.

—¿Aquí, en el avión?

—No: cuando hagamos escala en Trípoli.

Robert Lunn nunca pudo saber cómo se las apañó el negrazo Obon Kigu que les acompañaba, pero cuando reemprendieron el vuelo desde el aeropuerto de Trípoli rumbo a la próxima escala de El Cairo, uno de los dos «diplomáticos» que había dicho el joven, ya no ocupaba su asiento.

Y al otro hombre negro elegante le ocurrió en pleno vuelo una cosa muy extraña. Le dio un ataque al corazón y murió agarrotándose en su asiento para sorpresa y alarma de la linda azafata, así como para el resto de los pasajeros.

Los únicos que quedaron impasibles —y Robert Lynn juraría que hasta satisfechos y sonrientes— fueron Selene y el bruto de Obon Kigu. Los dos nuevamente se pusieron a hablar utilizando el dialecto africano y, muy intrigado, el joven inglés musitó a su bella e inquietante compañera de viaje:

—¿Cómo lo habéis conseguido? ¡No he oído ningún disparo!

Selena le sonrió tan delicadamente como siempre, confiándole:

—No hacen falta armas convencionales que, además, no está permitido viajar con ellas en el avión.

—Cierto: todos hemos pasado por el control de metales.

La mulata abrió su bolso, le mostró una larga boquilla de nácar que solía utilizar para fumar sus cigarrillos de marca también «especial», ampliándole:

—En ciertos casos extremos, esto me sirve de cerbatana. Me basta preparar su dispositivo y soplar con fuerza, para que dispare unos dardos de hielo con un veneno muy eficaz.

—¡Dios santo! ¿Quieres decir que tú… tú…?

—Desde aquí le acerté en el cuello.

—Pe… pero descubrirán el dardo y…

—Te he dicho que es de hielo, conservado con una pequeña dosis de amoniaco puro… Se disuelve nada más entrar en contacto con la carne: sólo queda el rastro de un diminuto pinchazo, microscópico.

—¿Y el veneno?

—Tampoco deja rastro: el ataque al corazón es fulminante.

—¡Diabólico! —exclamó Robert Lynn.

¿Pero qué podía hacer él? Viajaba con aquel par de asesinos fríos y metódicos, como buenos discípulos y fieles colaboradores del poderoso von Hossen.

¿Acaso él mismo no se había convertido en otro de sus colaboradores? Nada podía denunciar, por temor a lo que les podría ocurrir a su padre y a la también secuestrada Lori: aquel enano poderoso y ambicioso, le tenía en sus manos.

Manos diminutas, casi de niño, pero que debían saber mucho de matar, asesinar, fraguar intrigas políticas y revueltas, en los vacilantes e inestables países africanos donde había puesto sus garras de rapiña para seguir amasando millones.

En la escala de El Cairo, forzosamente tuvo que ser bajado del avión aquel elegante hombre de color, que había muerto de un ataque al corazón. Los comentarios fueron muchos entre los otros pasajeros, pero Robert Lynn pudo observar que nadie podía sospechar que se trataba de un crimen.

Y el viaje siguió rumbo a Jartum, Addis-Abeba y sobrevolar sobre Kenia, hasta finalizar en el aeropuerto de Nairobi, su capital.

Ningún otro incidente ocurrió, digno de tenerse en cuenta.

Robert Lynn vio como sus dos compañeros de viaje descendían del poderoso reactor de la «BOAC» muy sonrientes y felices, siempre utilizando entre ellos aquel enrevesado y maldito dialecto africano, del que no entendía ni jota.

También pasaron la aduana sin novedad, y cuando les devolvieron los pasaportes y los equipajes, Robert Lynn indagó, no sin cierta ironía.

—Bien… Y ahora, ¿a quién tienen que asesinar aquí? —Se prudente con tus palabras, gorrión —le recomendó ceñudo el negrazo Obon Kigu,

Furioso con él mismo, el joven inglés advirtió:

—Llámame una vez más «gorrión», y lo echo todo a rodar, gorila.

—¿Qué te pasa, gorrión? —le retó el gigante negro.

—¡Voy a aplastarte más esas narices de mono! Pero la bella y elegante

Selena con su deliciosa sonrisa se interpuso entre los dos, recomendándoles:

—Tranquilos… Tenemos otras cosas más importantes que hacer.

CAPÍTULO VIII

EL lujoso hotel era de cinco estrellas y en las amplias habitaciones no faltaba nada. Nairobi seguía conservando muchas características propias de la antigua ex colonia británica, y Robert Lynn tuvo que reconocer que a los colaboradores del rico von Hossen la buena vida no se les regateaba.

La elegante Selena era quien lo manejaba y se cuidaba de todo, y lo hacía a las mil maravillas: con porte, con distinción y desenvolviéndose como pez en el agua. El mismo disponía de mil libras esterlinas inglesas, que la bella mulata le había entregado al ofrecerle, siempre amable, sonriente y hasta sugestivamente insinuante con él:

—Para tus gastos, Robert.

—Me pagaré mi propio ataúd con este dinero —prometió él a su vez, ocultando su ira con las bromas.

Más tarde, Robert Lynn se enteró que el eficaz Obon Kigu había visitado a ciertos «amigos» en la capital de Kenia, porque regresó con una pesada maleta llena de armas, cartuchos y otras «chucherías por el estilo». Cuando le entregó una pistola y varios cargadores, amén de algunas bombas de mano, sólo le dijo:

—No lo utilices, hasta que no te lo diga Selena y yo, gorrión.

¡Y dale con llamarle «gorrión»!

—Soy cazador y voy a serviros de guía por las tierras de los Jinja —empezó a argumentar—. En todo caso, sólo necesitaré una buena escopeta o un rifle. ¡No todo este arsenal!

—Tú harás lo que digamos Selena y yo —insistió el negrazo.

Estaba visto: con aquel hércules de piel tan negra como el carbón, no se podía discutir.

A la menor objeción se alteraba y sus ojos miraban amenazadores.

En el fondo, Robert Lynn tenía que confesarse que le tenía un cierto respeto.

¿O era miedo?

Miedo por lo que les pudiera ocurrir a su padre y a Lori, claro está: es lo que se decía a él mismo, para justificar su obediencia.

Al día siguiente Selena y Obon Kigu se movieron mucho. Hasta alquilaron un buen «todo-terreno» que les llevaría a las orillas del lago Victoria, desde donde intentaría penetrar subrepticiamente a Uganda, para iniciar su aventura en las selvas africanas.

Al caer el sol se pusieron en camino, al volante del «jeep» Obon Kigu y Selena y él en el asiento posterior, con todo el equipaje y las cosas necesarias que habían comprado.

Aparte sus inquietudes y recelos, a Robert Lynn le gustó volver a estar en África. Siempre le habían encantado aquellos paisajes, en donde toda la pujanza de la Naturaleza se manifestaba. En donde el cielo, el aire y el ambiente era tan distinto al de Londres. En donde los nativos mostraban toda la vivacidad de su raza. En donde hasta los colores se mostraban fuertes, chillones, variopintos, en un calidoscopio siempre cambiante.

La carretera por la que se deslizaban a gran velocidad, no estaba asfaltada. La estela de polvo rojizo que dejaban atrás, si resultaba algo molesta, estaba en consonancia con el ambiente. A izquierda y derecha dejaba llanuras inmensas, que al poco se tornaban en exuberantes bosques tupidos de árboles.

El planeta Tierra tenía allí su tórrido Ecuador que la dividía en dos hemisferios: el del Norte y el del Sur, puesto que gran parte de Kenia y Uganda está en el mismo centro del corazón del continente africano, allí donde en muchos sitios aún no ha podido llegar la civilización.

La «civilización» de los blancos, se entiende, la de los hombres europeos y el continente americano, aún empeñados en dominar y exprimir al resto de las razas del planeta.

Porque lo mismo Kenia que Uganda, así como otros muchos países africanos, tenían desde hacía muchos siglos, su propia «civilización», sus propias costumbres ancestrales, su propia cultura, sus propias leyes que, aunque aparentemente primitivas, se enraizaban con su propia manera de ser y mirar al mundo, al futuro.

Un futuro, eso sí, siempre mediatizado por los antiguos colonizadores blancos, a los que en muchos casos intentaban imitar los

nuevos gobernadores nativos.

Robert Lynn medio dormitaba pensando en todo esto, cuando al poco de nacer el sol del nuevo día Obon Kigu les avisó:

—¡Nos siguen!

Selena pareció perder en un instante toda su delicada femineidad, al inclinarse sobre los bultos, dispuesta a empuñar una de las metralletas. Y hasta le incitó con su voz alterada indicándole:

—No te quedes ahí parado, Robert.

El joven inglés prefirió seguir utilizando su ironía al responder mirando hacia atrás:

—¿Qué quieres? ¿Qué me líe a arrojar bombas de mano sobre ese coche que viene detrás?

—Si se trata de los hombres del coronel Gulu, es lo que vamos hacer. ¡Ya nos deshicimos de dos de ellos!

—¿Quién es ese coronel Gulu? —quiso saber, observando que Obon Kigu imprimía más velocidad al vehículo,

—Mejor es que no le conozcas personalmente. Te sacaría los ojos con su limpiauñas, sin dejar de sonreír.

—¿A mí?

—Odia a todos los amigos de von Hossen.

—Por ese lado me libro —objetó aún irónico Robert.

—No te daría tiempo a decírselo. ¡Ahora vienes con nosotros!

—¡A la fuerza!

—Deja de ladrar, gorrión —recomendó la voz siempre conminatoria de Obon Kigu—. ¡Y demuestra tu puntería!

—¡Espera, Obon! —recomendó a su vez la mulata—. Métete en ese bosque, a ver si nos siguen.

En audaz maniobra sobre el volante, Obon Kigu torció a la derecha saliéndose del camino. El vehículo empezó a dar botes y tumbos como si rodase por un tobogán, en busca del tupido bosque por el cual él también excitado Robert Lynn calculó que no podría seguir avanzando, al menos a aquella velocidad.

Pronto comprobaron que el coche que les seguía, un antiguo «Buick» negro, pero de poderoso motor, seguía su misma accidentada ruta. Ya no había duda que les perseguía y apuntando con la metralleta Selena ordenó, tomando posición en la parte trasera:

—¡Dispara, Robert!

No había terminado de pedirlo y su metralleta tableteó, enviando la

primera ráfaga al «Buick» negro, desde donde también empezaron los disparos.

Robert Lynn escuchó el siniestro silbido de las balas, pasando sobre sus cabezas. El eminente peligro que corría tanto él como sus compañeros de viaje, le hizo desechar toda otra consideración y escrúpulos: en aquella situación crítica no se podía elegir, ni tampoco inhibirse.

O se mataba, o se moría.

Prefirió lo primero y se puso a disparar el enorme pistolón que le había cedido el propio Obon Kigu el día anterior.

Y demostró que era un digno hijo del ex famoso cazador Robert Lynn padre, acertando a los neumáticos delanteros del «Buick» con sus primeros disparos. A la velocidad que les seguía y rodando sobre aquel terreno accidentado y desigual, el vehículo terminó dando varias vueltas de campana, al tiempo que empezaban a salir llamas de él, para terminar explotando con gran estruendo y mucho humo negro y denso.

Seguro que de sus ocupantes, no había quedado entero ni los rabos.

Volviendo a su delicada y atractiva sonrisa, la bella mulata ordenó, como el que pide un té con leche:

—Vuelve al camino, Obon.

Sólo unas millas después se acordó del perplejo Robert Lynn, al buscar con las suyas las manos del joven y felicitar:

—Te portaste, Robert.

—¿No merezco un beso, Selene?

Desde el volante, el negrazo objetó:

—¡No se lo des, Selene! Ese gorrión te está buscando las vueltas. ¡Me he fijado cómo te mira!

—Tú a callar, bola de betún —rechazó a su vez el joven inglés—. A conducir y no mires por el retrovisor.

—Se lo diré a von Hossen.

—¡Chivato!

—Cuando lleguemos al lago me repetirás eso, gorrión.

—Cuando lleguemos al lago te lavarás los pies. ¡Te huelen!

—¿Queréis dejar de discutir? —pidió ella—. ¡Siempre igual!

—Bésame preciosa. ¡Dijiste que merezco un premio!

Los brazos de la bella mujer, con perezosa negligencia y la mayor naturalidad, habíanse colgado de la nuca del joven venciéndole sobre ella hasta llevarle a la fuente exótica y húmeda de sus labios

entreabiertos ya, contra los que aplastó la golosa boca del hombre vibrando toda su naturaleza.

Robert Lynn notó sus lenguas resbalando una sobre otra, enzarzándose, al tiempo que la saliva de ambos se fundía hasta convertirse en una sabrosa pócima que le hizo estremecer. La lengua cálida y pastosa de Selene se recreó dentro de su boca, culebreando con una sensacional pericia, transmitiéndole un sinfín de paradisíacas sensaciones hasta que, tras separarse con las respiraciones agitadas, la escuchó gemir de placer:

—El pequeño von Hossen queda ahora muy lejos… ¡Y tú estás aquí, fuerte y joven entre mis brazos!

Aquellos susurros terminaron de excitar a Robert Lynn. Casi le estaba suplicando que siguiera besándola y acariciándola. A partir de aquellos instantes lo olvidó todo, y dejó de ser el joven dominado y abatido que en los últimos días había visto cernirse sobre él un panorama sombrío, salpicado de negros nubarrones.

Sólo admitiendo que había olvidado a su padre y a Lori, podía explicarse el hecho de que se encontrase besando y deseando poseer a aquella mujer, ofreciendo sus ardientes besos a su garganta, ofrecida por ella ya sin limitaciones con un leve arqueamiento hacia atrás de su cabeza, al tiempo que las manos masculinas acariciaban sus tersos hombros con la finalidad de hacer resbalar hacia los lados la blusa que ocultaba sus tentadores senos.

Pero la voz de Obon Kigu volvió a gruñir:

—¡Ya está bien!… Al menos esperar a llegar y que montemos el campamento. ¡Yo no soy de hielo, cuernos!

CAPÍTULO IX

FRENTE al pequeño fuego del campamento, fijos los ojos en las vacilantes llamas y tras la cena, acariciando el cuello femenino de la mujer que recostaba su cabeza sobre sus rodillas, Robert Lynn quiso saber:

—¿Te gusta esta vida, Selena?

La bella mulata miró de soslayo al bulto de Obon Kigu ya dormitando bajo la manta, antes de musitar:

—No he podido elegir… Cuando las matanzas de Uganda y la subida al poder del tirano Idi Amin Dada, yo era casi una niña y von Hossen me salvó la vida… Aunque al poco tuvimos que huir del país.

—Tenía entendido que ese alemán hizo muy buenos «negocios» en Uganda por aquellas fechas.

—Los hizo; pero poco a poco las cosas fueron cambiando y también le quisieron matar. ¡Como a tantos otros!

—No me digas que es un defensor de las libertades políticas.

—No… Sólo es un… negociante.

—Un «negociante», que huyó de Uganda… ¡Llevándose un fortunón en diamantes!

—Tu padre también iba en aquella precipitada huida.

—Lo sé, Selena: me lo confesó al fin.

—Él les guio por la selva y las tierras de los Jinja.

—Pero mi padre ignoraba lo que von Hossen y los suyos llevaban en aquellos bultos.

—Es posible: yo entonces estaba estudiando en un internado en Suiza.

—Creciendo, estudiando y preparándote… ¡Para terminar en amante

de ese alemán!

La mujer nada objetó. Su silencio fue prolongándose en la noche hasta que exclamó:

—Tenemos que conseguirlo, Robert. ¡Son cien millones en libras esterlinas!

—Sí, mucho dinero, Selena… Pero, por lo visto, hay un coronel llamado Gulu que también los quiere.

—Desde hace tiempo… Desde la caída de Idi Amin Dada… El coronel Gulu fue su ministro de economía. Dirigía también el Banco Nacional de Uganda. Él le dio esos diamantes en depósito a von Hossen y éste…

—En el fondo hizo bien en engañar a Gulu. Entre bribones ambiciosos, todo se admite. —Los tuvieron que dejar bien escondidos. Entonces el país andaba revuelto, unas tribus atacaban a otras, los del vacilante Gobierno mataban a todos… ¡Uganda era un caos!

—Pero los hombres del coronel Gulu siguen en sus trece.

—¡No lo conseguirán! Ellos no tienen el plano que llevo yo.

—¿Te registro, para encontrarlo?

Moviendo su cabeza para buscar los ojos del hombre, la bella mulata ofreció sus labios al musitar:

—No tendrás necesidad de registrarme… ¡Me desnudaré para que lo encuentres!

Y lo hizo…

Bongo Kigu seguía durmiendo: roncaba profundamente.

Robert Lynn recordó: sí, aquel negrazo roncaba tanto como su padre.

¿Para defenderse de qué? Él pensaba amar a la bella mujer, no matar.

* * *

El lago Victoria, el más extenso de todo el continente africano, tiene 68.100 kilómetros cuadrados y pertenece en área desigual a las Repúblicas de Tanganica, Kenia y Uganda. El inmenso espejo de sus aguas está a 1,135 metros sobre el nivel del mar y fue descubierto en 1862 por el explorador inglés Speke, el cual le dio el nombre que lleva en homenaje a la reina Victoria de la Gran Bretaña.

La navegación por el Victoria resultó apacible y tranquila y Robert Lynn tuvo la agradable sensación que se habían trasladado a los remotos años en los que el también explorador y periodista Stanley, circunnavegó el lago en 1875, en su búsqueda de Livingstone.

Al menos, las características embarcaciones en las que les transportaban aquellos nativos que Obon Kigu había contratado, no habían cambiado mucho con el paso de los años: ni su forma de remar, acompañado con un canturreo profundo aunque en voz baja, para llevar todos el ritmo al hundir sus palas en el agua.

En silencio, Robert Lynn admiró los músculos y la resistencia de aquellos nativos que, medio desnudos, no daban muestras de fatigarse con el incesante ejercicio. Por sus rasgos faciales adivinó que no eran keniatas, sino ugandeses, y aprovechando que la embarcación dedicada a Selena marchaba junto a la suya alzó la voz para indagar:

—¿Nos acompañarán hasta el territorio de los Jinja?

No fue la mujer quien informó, sino Bongo Kigu cuya embarcación les seguía algo más retrasada:

—Estos no: son supersticiosos y temen a los Jinjas. Pero contrataremos a otros en la orilla del río Mityana.

—Veo que estás organizado, bola de betún.

—Un viaje así no se debe emprender a tontas y a locas, gorrión.

—Comprendo: von Hossen opera sobre seguro.

—No tanto: no sabemos cómo seremos recibidos por esas tribus.

Hizo una pausa y aún añadió:

—Además, ni Selena ni yo conocemos el terreno.

—Ella lleva un mapa muy detallado.

—¿Es que ya le viste, gorrión?

—Tranquilo: anoche me lo enseñó… entre otras cosas.

El negrazo giró la cabeza para fulminar con sus ojos a la mujer, pero Selena replicó a sus mudos reproches recordándole:

—Piensa lo que quieras, Obon… ¡Londres queda ya muy lejos!

Sortear la vigilancia de las autoridades y las patrullas ugandeses, sí resultó sumamente fácil para los nueve nativos que movían los primitivos remos, no por eso dejó de ser emocionante. Aquellos hombres estaban acostumbrados a contrabandear de uno a otro país fronterizo con el Lago Victoria, pero Robert Lynn no dejó de sentir la excitación del juego peligroso.

Un «juego» en el que no sólo podían perder la libertad, sino la vida,

Luego, las fatigas del viaje a pie siguiendo paralela- mente la corriente del Mityana, ya resultó menos divertida. Toda una larga semana internándose furtivamente en territorio ugandés, con la particularidad de que si eran descubiertos por allí por los nativos que

merodeaban en busca de caza, primero serían masacrados y luego robados: despojados hasta del más insignificante pañuelo.

Era la «costumbre» de aquella gente primitiva y medio salvaje.

Su «ley» de la selva.

Lo ancestral: lo que habían venido haciendo siempre sus antepasados. Sus «dioses» le habían dado aquellos territorios y les pertenecían, aunque los hombres blancos y hasta los nuevos gobiernos regidos por los suyos «contagiados», dijeron otra cosa.

Cierto que había la posibilidad de no dejarse sorprender, y también la de que, viéndoles bien armados, cambiasen sus deseos de rapiña por una sonrisa sumisa y «amistosa», en espera de recibir a cambio de su pasividad algo: comida, ropa, un cuchillo, un arma de fuego sobre todo.

Eso les volvía locos de contento.

En una rústica aldea cerca del lago, Obon Kigu había conseguido contratar a otros cinco nativos como porteadores: todos eran hombres jóvenes de baja estatura, pero anchos de hombros, robustos y también infatigables. Llevaban los pesados bultos sobre sus cabezas como si no pesaran nada y con suma facilidad; masticando siempre una especie de maíz del que extraían un jugo lechoso que a veces escupían, eran capaces de ir sorteando con habilidad la espesura, los frecuentes riachuelos que descendían en busca del gran lago, y hasta los terrenos más difíciles de cruzar.

Robert Lynn estaba maravillado y todo aquello le recordaba los tiempos de caza acompañando a su padre. Aunque de padre y madre ingleses, él realmente había nacido muy cerca del Lago Victoria y, en cierta forma, se sentía como identificado con aquellos selváticos parajes. Nada resultaba nuevo ni extraño para él y, además, guiado por su instinto de cazador, cada día se acercaban más a su objetivo con certeza y sin vacilaciones.

Incluso el gruñón Obon Kigu, un día comentó al montar el campamento:

—Apruebo el cambio, gorrión. ¡Tu padre no lo habría hecho mejor!

—Todo esto lo conozco tanto como él.

—Sí, pero hace años que no andabas por aquí y temí que…

—En lugares como éstos el tiempo no cuenta. No se edifican casas, ni se derriban bosques, ni se pulverizan las rocas. Ese riachuelo posiblemente hace miles de años que discurre por ahí… A esas montañas del fondo tardará aún mucho en llegar la «civilización».

—Mañana llegaremos a ellas, ¿no?

—Eso espero.

Acercando su mapa desplegado a la lámpara de pilas que les alumbraba, Selena quiso saber al señalar su índice un punto:

—¿Cuándo llegaremos aquí, Robert?

—Depende, mujer: eso queda más allá del valle de los Jinjas, tras esas montañas. El terreno es montañoso y existen muchas vaguadas. Tendremos que encontrar la que os interesa, además localizar luego el punto exacto.

Con amplia sonrisa en la que mostró sus dientes fuertes y muy blancos, Obon Kigu manifestó:

—Cuando lleguemos allí… ¡Lo celebraremos, gorrión!

Mirándole fijamente, una vez más Robert Lynn ironizó:

—¿Con qué, animal? ¿Matándome y bebiéndote mi sangre?

—¡No digas estupideces! —quiso corregir la mujer.

También la miró con fijeza al remachar:

—No dije ninguna tontería, Selena: entonces ya no me necesitaréis… ¡El largo jueguecito habrá terminado!

Levantándose con violencia y atrapándole por la pechera, el hercúleo Obon Kigu rugió:

—¡Pero aún te necesitamos, gorrión! Así que no me hagas enfadar más ni me quemes la sangre… ¡Lo que pasará después, ya lo veremos!

—Déjale, Obon… ¡Y todos a dormir!

Cuando Robert Lynn se vio libre de aquella zarpa de hierro, a su vez indicó:

—A las cuatro todos en pie: aquí amanece pronto y cuantas más horas de luz, ¡mejor!

Cada uno se retiró a su tienda.

Pero aquella noche, Robert Lynn esperó en vano que Selena acudiese a la suya…

CAPÍTULO X

SUPERANDO no pocos obstáculos, fatigas y peligros, al fin llegaron a la vaguada que buscaban, más allá de las altas montañas y del valle de los Jinjas. Y de pronto, cuando examinaban un grupo de altas rocas, la voz altanera de Selena indicó:

—¡Debe ser aquí! ¡Mirad esa marca!

Robert Lynn y Obon Kigu corrieron hacia donde señalaba la mujer, clavando sus ojos ansiosos en la señal que, con pintura negra ya bastante desvaída por el paso del tiempo, alguien hacía años había pintado en aquella piedra.

No obstante, claramente se podía adivinar la figura de la «svástica» alemana, la utilizada en los tiempos de Adolfo Hitler, cuando el mundo se vio envuelto en la atroz y sangrienta Segunda Guerra Mundial

Robert Lynn también sonrió secándose el sudor, pero comentando:

—Muy digno de von Hossen, amigos.

—Dejémonos de comentarios —apremió el nervioso Obon Kigu.

Al instante se retrasó para llegar a los cinco nativos que les seguían con los bultos, les indicó que montasen el campamento allí y regresó corriendo con las herramientas. Jadeante aún, por toda explicación anunció:

—No conviene que esos salvajes vean lo que sacamos de aquí, A ellos sólo les pagamos para que carguen con los bultos.

Seguidamente se puso a cavar, no sin pedir al joven inglés:

—¡A trabajar, gorrión!

Dos horas después, los dos sudando copiosamente por cada poro de su piel y metidos hasta los hombros en el hoyo de tierra rojiza y arcillosa, detenían su trabajo al exclamar el hombre de color:

—¡Aquí! ¡Está aquí, Selena! ¡Lo hemos encontrado!

La pala manejada por Robert Lynn siguió sacando tierra, hasta dejar al descubierto dos cajas metálicas, mohosas por fa humedad y el tiempo que llevaban enterradas. Se inclinó dispuesto a sacar una de ellas, cuando la voz de Obon Kigu tronó más cavernosa que nunca:

—¡Quieto! ¡Eso lo haré yo!

Cuando las dos cajas metálicas estuvieron fuera, el hercúleo negrazo volvió a rugir:

—¡Y desde ahora, no te acerques mucho a ellas!

Al ver que volvía a alzar el pico, Selena indagó, también algo recelosa:

—¿Qué vas hacer, Obon?

—¡Forzarlas! Necesito abrirlas y ver su contenido.

—Von Hossen dijo que se las llevásemos así.

—Olvida al enano… ¡Ahora soy yo el que manda, Selena!

—¿Es que piensas…?

La bella mulata no pudo seguir. Los formidables golpes de pico hablan forzado una de las cajas metálicas y, al abrirse, sobre la tierra removida se esparcieron unas bolsitas de cuero negro, sobre las que se lanzaron las manazas ansiosas del sudoroso y jadeante Obon Kigu,

Instantes después había quitado la cinta de cuero que cerraba la bolsita que tenía en sus manos, apareciendo en la palma de una de ellas los rutilantes diamantes que les habían llevado hasta allí, a aquel remoto, selvático y solitario rincón del corazón de África.

Las carcajadas del brutal Obon Kigu casi se hicieron histéricas al celebrar, loco de contento:

—¡Era cierto! ¡Son diamantes! ¡Muchos diamantes!

Febrilmente se puso a coger las otras bolsitas de cuero entre risotadas y exclamaciones, agachándose una y otra vez, hasta abrazarlas todas con aire posesivo contra su pecho, mirando alternativamente a la mulata y Robert Lynn.

—¡Es mía! ¡Mía toda esta fortuna! —declaró.

Selena y el joven inglés siguieron silenciosos, pero intercambiando entre ellos mudas miradas significativas. Los dos intentaban adivinar las intenciones del hombre de color, que parecía dominado por su ambición.

Alarmado, Robert Lynn se preguntó a sí mismo si no había llegado la hora de terminar de una vez con Obon Kigu. Hasta allí le había tenido

que soportar; pero estaba dispuesto a defender su vida, y también la de Selena.

Y si ahora aquel negrazo intentaba eliminarles…

Tuvo que dejar de pensar y calcular sus posibilidades.

Una voz gutural sonó a sus espaldas al indicar:

—Bien, señores… ¡Caretas fuera! ¡Todos hacia esas rocas!

Girando veloz la cabeza, Robert Lynn reconoció a uno de los cinco nativos últimamente contratados, apuntándoles con un rifle y añadiendo a su amenazadora petición anterior:

—¡Muévanse, rápidos! ¡Hacia las rocas! ¡Junto a ese bonito hoyo que han cavado! Mis amigos y yo vamos a aprovecharlo para darles una buena sepultura…

Se refería a los otros cuatro porteadores, que también empezaron a dejarse ver al rodearlos. Y cada uno de ellos con un arma en sus manos.

El primero en reaccionar fue Obon Kigu, quien sin dejar de abrazar las bolsitas de cuero contra sus pechos, rugió:

—¿Qué significa esto, Mokongo? ¡Me dijiste que no hablabas inglés!

—Lo hablamos, general Obon… Hace años pertenecimos a la escolta del coronel Gulu… ¡Y seguimos trabajando para él!

—¡Maldito seas! Yo os contraté en esa aldea y…

—Fue su error, general Obon… ¡Les estábamos esperando!

Deseando intervenir, Robert Lynn consideró oportuno y apaciguador conceder:

—Pueden quedarse con los diamantes, amigo. Por nosotros…

—¡A callar, blanco! ¡Se acabó explotar más a mi país!

—No me vengas ahora con ésas, Mokongo —rechazó en su furor Obon Kigu—. Si sois hombres del coronel Gulu… ¡El también traicionó a Uganda!

—¡Pero volverá! Con esos diamantes podrá comprar muchas armas y pagar a un ejército… ¡Idi Amin Dada volverá al poder!

—¡Dios no lo quiera! —musitó quedamente Robert Lynn.

—¡Al hoyo, blanco! ¡Tú serás el primero!

La amenaza no había sido para él, pero el vehemente Obon Kigu calculó que el segundo en morir sería él. Quizá por eso abrió sus brazos, soltó todos los saquitos de cuero y su mano derecha intentó volar al revólver enfundado en su cintura.

El rifle que empuñaba el negro Mokongo tronó.

Y aquel asesino habría presionado por dos veces más el gatillo, si en

aquel instante la inesperada aparición de un helicóptero que veloz surgió tras las montañas, no llega a llamar su alarmada atención.

Del helicóptero que descendía con el ruido de sus vertiginosas aspas también surgieron disparos, casi apagando la voz de un megáfono de mano que empezó a ordenar:

—¡Quietos todos! ¡Les habla la policía ugandesa! ¡Quietos ahí!

Robert Lynn también obró con celeridad, arrojándose sobre Selena para hacerla rodar con él hacia el fondo del hoyo excavado. Los dos cayeron al fondo en confuso montón, magullándose con los golpes y cegándose con la tierra que arrastraron con ellos.

Pero se libraron de algo peor.

Los tres policías ugandeses ya habían descendido del helicóptero. La respuesta a la petición de rendición fue disparar.

Fue una lucha breve, pero sangrienta, puesto que si los cinco porteadores cayeron muertos, dos de los policías siguieron la misma suerte. El que quedó en pie siguió acercándose con su rifle listo, caminando cauto y despacio, por si había más enemigos por allí. Cuando llegó al borde del hoyo miró hacia el fondo y gritó a la mujer y al hombre:

—¡Fuera de ahí! ¡Van a pagar con la horca todo esto!

Tras ayudar a Selena a subir, Robert Lynn miró al hombre de color uniformado al manifestar:

—¿Me creerá si le digo que me alegro de su llegada? Usted y sus compañeros…

—¡Calle! No hable en plural. ¡Mis compañeros han muerto!

Robert Lynn extendió la vista y contó los cadáveres, que eran siete sin contar a Obon Kigu: dos de ellos también llevaban uniformes verdosos de pantalón corto, y permanecían tendidos en posturas grotescas.

—Lo siento —musitó quedo.

—¡Más lo sentirán!

Y luego, sin dejar de apuntar a Robert Lynn, ordenó a la mujer mulata:

—¡Eh, usted! Todas las bolsitas de cuero en esa caja.

Selena obedeció silenciosa y hasta fue metiendo en la caja metálica forzada por los golpes de pico de Obon Kigu, todos los brillantes diamantes que habían rodado por la tierra removida, de la bolsita abierta por quien había sido su compañero de viaje.

—Coja esa otra caja y al helicóptero los dos —volvió a ordenar el

policía—. Pediré ayuda por radio y les llevaremos a Kampala detenidos.

Fue al llegar al aparato y dejar las dos cajas metálicas, cuando Selena salió de su mutismo solicitando, con una de sus deliciosas sonrisas:

—Perdone, buen mozo… ¿Me permite fumar un cigarrillo?

Sujetando el rifle con una mano, el joven policía ugandés buscó en el bolsillo superior de su camisa de mangas cortas y ofreció:

—Tenga… Fume si eso la tranquiliza.

Robert Lynn vio que Selena no abandonaba su cautivadora sonrisa al rechazar, con un gracioso mohín de sus labios:

—Muy amable, pero prefiero los míos.

Pero cuando la vio sacar su larga boquilla de nácar y llevársela a los labios, recordando lo que había pasado en el avión, instintivamente gritó:

—¡No, Selena, no! ¡No lo hagas!

Vivamente alarmado, el policía ugandés volvió a empuñar su rifle con ambas manos y, tras mirarlos alternativamente reculó un paso al indagar, receloso:

—¿Qué dice? ¿Qué es lo que no debe hacer?

Por un instante, más que atender a la pregunta, Robert Lynn buscó con los suyos los hermosos ojos negros de la inquietante mulata. Ansiaba evitar una muerte más, pero aún dudaba delatar abiertamente a Selena.

Precisamente fue aquella vacilación la que aprovechó Selena para llevar su larga boquilla de nácar a sus labios y soplar con fuerza. Horrorizado, Robert Lynn no alcanzó a ver el diminuto dardo salir de aquella camuflada cerbatana: pero sí vio al joven policía ugandés llevar una de sus manos al cuello, para caer a los pocos segundos desplomado.

Cuando se acercó a él, ya estaba muerto: el ataque al corazón había sido fulminante. Robert Lynn alzó la vista y miró acusadoramente a la mujer. El policía le había desarmado, sacando de la funda de su cadera el revólver. Se sintió también a la merced de aquella diabólica mujer y por eso retó:

—Termina conmigo también, Selena… ¡Será tu gran jugada!

—No seas niño, Robert… Ahora, más que nunca, mutuamente nos necesitamos.

—¡No llevaré a von Hossen esos diamantes!

—¿Te olvidaste de tu padre y esa chica, a la que tanto quieres?

—Ya encontraré la forma de libertarles… ¡Hay demasiadas muertes en todo esto!

—Merece la pena, Robert… ¡Son cien millones!

—Tampoco le llevarás esa fortuna.

—¿Y por qué no? Ahora, hasta disponemos de un hermoso helicóptero.

—No le sé conducir.

—Yo sí, Robert.

—No, Selena, no… ¡Te he dicho que hay demasiada sangre en todo esto!

—¿A ti qué te importan esos muertos?

—Pero… ¿de qué estás hecha, mujer?

Sonriéndole coquetamente, la hermosa mulata replicó:

—Lo sabes muy bien, cariño… De carne ardiente y joven, llena de vida… ¡Por eso aspiro a seguir viviendo como una reina!

—¿En los brazos de ese repugnante enano de von Hossen?

—¡En los tuyos!

—En eso te equivocas… No se puede amar a lo que no se aprecia.

—Me apreciarás cuando salgamos de todo esto. En mis brazos olvidarás todos tus escrúpulos.

—No soy como tú, Selena.

—Anda, sube… El yate de von Hossen nos espera al sur del Lago Victoria…

—¿Está en África? —preguntó esperanzado Robert Lynn.

—Sí, amigo… Concretamente en Tanganica… Él no podía acompañarnos en este viaje, pero quedamos citados en su yate.

—¿Con mi padre y Lori?

—Creo que sí… Al menos, eso me dijo en Londres.

Robert Lynn guardó silencio y se puso a mirar, uno a uno, a los ocho hombres muertos tendidos por allí. En realidad Selena tenía razón. A él no le importaba ninguno de aquellos hombres. Ni el que seguramente habría sido asesinado por Obon Kigu en algún lugar del aeropuerto de Trípoli: ni el que había muerto en el avión, oficialmente de un repentino ataque cardíaco.

No le importaba más que una cosa: volver a abrazar a su padre y a Lori.

Selena respetó su silencio, pero ignoraba que Robert Lynn en realidad estaba ganando tiempo para reflexionar. Las ideas empezaban

a encajarse en su cerebro y al fin anunció:

—Es cierto, Selena… ¡Cien millones de libras esterlinas es mucho dinero!

—Así me gusta, cariño. ¡Seremos los reyes del mundo!

—¿De veras sabes pilotar ese «chisme»?

—¡Pues claro! Con von Hossen he aprendido muchas cosas. Dispone de profesores y ayudantes para todo.

La mujer subió al helicóptero, dispuesta a pilotarle, mientras Robert Lynn se inclinaba sobre el policía últimamente muerto, para quedarse con su arma.

La iba a necesitar.

CAPÍTULO XI

NO sólo era cierto que Selena sabía manejar el helicóptero, sino que lo hacía con suma pericia. No obstante, tras examinar la lectura de todos los instrumentos, manifestó con enfado:

—¡Lástima! Estos aparatos tienen poca autonomía de vuelo… Y además, no dispone de mucho combustible.

—No te preocupes, Selena. ¡Llegaremos!

—Imposible, Robert: de aquí a la orilla sur del Victoria calculo que habrá unos mil kilómetros. ¡Ya me dirás!

—Es que yo no me refería al yate de von Hossen…

La mujer giró veloz la cabeza para buscarle con su mirada inquieta los ojos, al tiempo de exclamar:

—¿Ah, no?

—No, Selena… Vamos a volar directamente a Kampala.

—¿Por qué dices eso, Robert? Sabes muy bien que en la capital de Uganda nos detendrían y…

Dejó de hablar al advertir la mano armada del hombre, y al oírle pedir:

—¡Busca ese rumbo!

—¿Estás loco?

—Nunca he obrado más cuerdamente en mi vida, preciosa. ¡Hacia Kampala!

—¿Vas… vas a entregarme, amor…?

—Y no sólo a ti… Detendrán ese yate y toda la maldita organización de ese enano se irá al cuerno.

—No seas ingenuo. A von Hossen no le podrán detener.

—¿Por qué no?

—Olvidas un detalle, mi amor… Su yate no navega por aguas ugandesas.

—Es posible, mi reina… Es lo bastante astuto, para no meterse en la boca del lobo. Pero supongo que Uganda tendrá tratados con sus países vecinos. Las autoridades de Tanganica aceptarán las peticiones de las ugandesas… Sobre todo cuando les cuente una larga historia.

—¿Qué historia, Robert?

—Por ejemplo, en Londres raptasteis a mi padre y a Lori.

—Nunca podrás demostrar eso, por una sencilla razón. ¡Están libres!

—¿Có… cómo?

—Sólo se les retuvo una hora, para grabar sus voces y que tú escucharas sus palabras. Pero luego…

—¡Maldita perra! ¿Y me has tenido angustiado todo este tiempo?

—Comprendí que era la única forma de retenerte…

Y por lo que intentas hacer ahora, vi que acerté.

—¡Cambia ese rumbo te digo, o mueres aquí mismo!

—¿Serías capaz de dispararme?

—Prueba y lo verás.

—Tú también morirías.

—¡Me importa un higo! Esos diamantes pertenecen al Gobierno de Uganda, y nadie se los robará a ese país.

—¿Puritano ahora, Robert?

—Lógico… ¡Nunca me atrajo el delito!

—¿Ni por cien millones de libras esterlinas?

—¡Ni por todo el oro del mundo! Quiero vivir tranquilo y no mezclado con gentuza como ese von Hossen.

—¡Se vengará! Es poderoso y no te dejará vivir tranquilo.

—Se le terminó su poder, nenita… Hemos ido dejando un reguero de crímenes, desde Londres aquí.

—Los hombres del coronel Gulu son tan ambiciosos como el mismo von Hossen. ¡Bien muertos están! ¿O crees que querían los diamantes para devolverlos al pueblo ugandés?

—¿Y qué me dices de esos tres policías ugandeses? ¡Tú misma asesinaste al último!

—Creí que me querías, Robert. Que te había enamorado de mí.

—Enamorarse no es amar, Selena… Puede uno enamorarse y odiar.

—Por favor, Robert… ¡Podríamos ser tan felices los dos con toda esa fortuna…!

Pero Robert Lynn siguió mostrándose inflexible y una vez más indicó:

—¡Hacia Kampala! Ya sabes, vuela hacia el sudoeste…

Rodeado de periodistas, casi cegado por la nube de fotógrafos, Robert Lynn terminó su relato:

—…y eso fue todo, amigos,

—Díganos, señor Lynn… ¿Va a vender los derechos de esta rocambolesca historia para el cine?

—¡Cierto! Y hasta tengo pensado ya el título de la película.

—¿Cuál será, señor Lynn? —«Infierno Verde».

—¿Por qué ese título?

—¡Ya me dirán! He estado muy cerca de quedar muerto en sus selvas, amigos… Y aunque me gustan y he cazado con mi padre mucho en ellas, en esas circunstancias que les he contado, ahora para mí eran como «un infierno verde».

—¿Que nos dice de la condecoración que le va a conceder nuestro Gobierno?

—Que tendrá que dármela su embajador en Londres. Salgo pitando para allí.

—¿No aceptará la invitación de nuestro Presidente?

—Lo siento: no es ningún desaire… Es que me esperan mi padre y mi prometida.

—Una última pregunta, señor Lynn.

—Suéltela ya. ¡Mi avión no espera!

—¿Cuánto le darán, por haber recuperado para nuestro país esa fortuna?

—No puedo contestarle a esa pregunta, amigo. ¡Ni yo mismo lo sé! Y casi a codazos, Robert Lynn tuvo que abrirse camino para retirarse de allí, Resultaba algo engorroso, eso de ser famoso y acosado…

* * *

Había perdido el dominio, prisionero y esclavo de un instinto de posesión que no se engendraba en él desde hacía mucho tiempo. Robert Lynn comenzó a besar los labios femeninos apasionadamente, a beberlos, a mordisquearlos con suavidad, mientras estrechaba con sus brazos el cuerpo femenino cerca de rendírsele.

Ella se hundió en la mullida butaca, dejando resbalar su cuerpo muy despacio, mientras él, febril y jadeante, prolongaba sus besos intensificando la vehemencia y pasión, convirtiendo el impulso inicial

en continuado deseo, sintiendo que sus jadeos y suspiros se convertían en agónicos.

—¡Por favor! —susurró ella.

—Ya eres mi mujer, Lori. ¡Mi esposa! ¡No podrás detenerme más!

—Cariño, ¿qué importa un poco más?

—Digo que no, Lori.

—¡Pero si lo único que te pido es que me permitas desnudarme! ¡Estropearemos mi lindo vestido de novia!

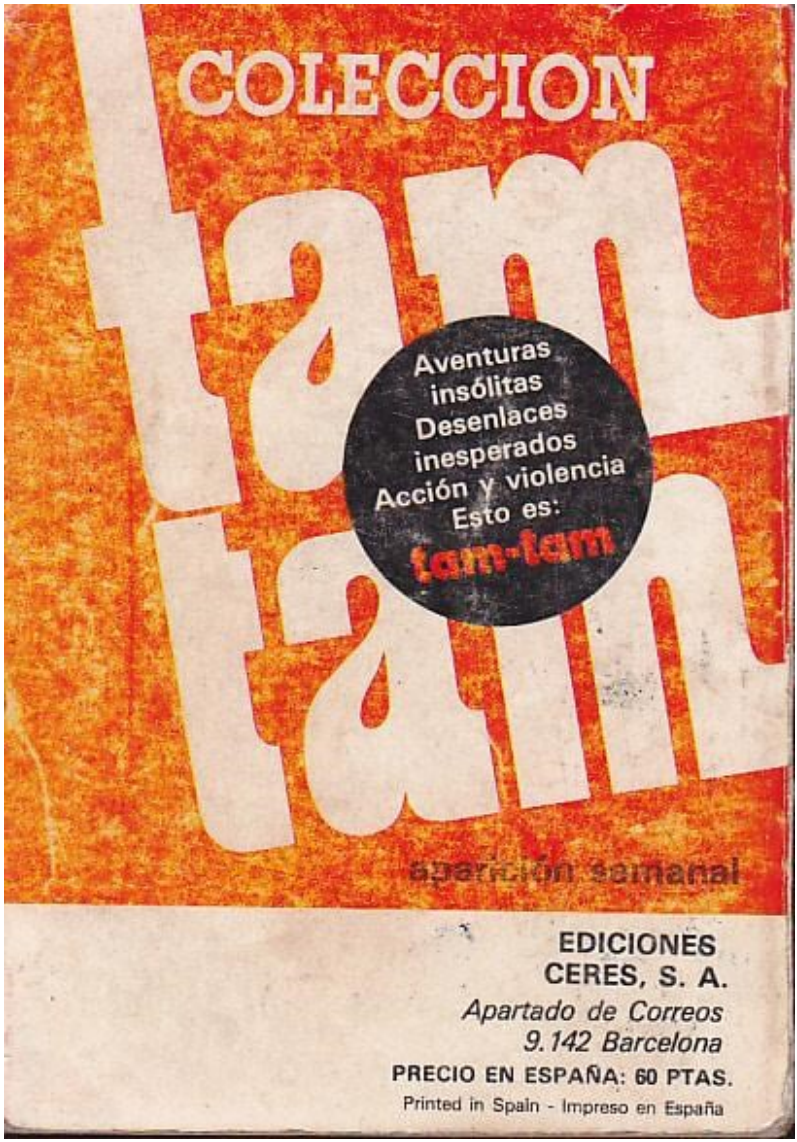
Por un instante, ante la lógica aplastante de aquella petición, Robert Lynn pareció refrenar sus instintos y musitó:

—Tienes razón, cariño…

Pero nuevamente volvió a la carga y resumió su vehemente actitud al recordar:

—¿Y qué nos importa, Lori? ¡Ahora somos ricos! ¡Muy ricos!

FIN



EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona
PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.
Printed in Spain - Impreso en España